



*La fidelidad  
a la  
gracia*

Raúl Plus, S. J.

**Raúl Plus, S. I.**

**LA FIDELDAD A LA GRACIA**

VERSIÓN CASTELLANA DE  
A.de Miguel Miguel

1951

# ÍNDICE

Introducción.....	5
EL PORQUÉ DE LA FIDELIDAD.....	8
Dios, las almas y nuestra fidelidad a la gracia.....	9
La devoción al Espíritu Santo y la fidelidad a la gracia.....	15
Nuestra dignidad de «otro Cristo» y la fidelidad a la gracia.....	21
CONDICIONES DE LA FIDELIDAD.....	27
Escuchar para percibir.....	28
Clarividencia para discernir.....	38
Generosidad para obedecer.....	46
FIDELIDAD E IDEAL DE VIDA.....	55
Fidelidad y santidad.....	56
Fidelidad y unión con Dios.....	64
Seguir «su» gracia.....	70
FIDELIDAD Y SERENIDAD.....	79
La serenidad, garantía de la fidelidad prudente.....	80
La serenidad, consecuencia de la fidelidad generosa.....	88

**A**  
**LA VIRGEN FIEL**

¡Oh María!  
QUE TAN BIEN HABÉIS SERVIDO AL SEÑOR,  
Divina Señora  
DEL *Ecce ancilla Domini*,  
A VOS A QUIEN LA IGLESIA INVOCA BAJO EL TÍTULO DE  
*Virgo fidelis*,  
SE DEDICAN ESTAS PÁGINAS.  
¡QUE POR VOS,  
TODOS LOS «FIELES» QUE LAS LEAN  
SE ENTREGUEN EN ADELANTE  
CON ENTERA FIDELIDAD!

## INTRODUCCIÓN

Decía un muchacho que «la santidad consiste en decir siempre *sí* a Dios». Y, al preguntar a una niña que se acercaba a su Primera Comunión: «¿Qué vas a pedir a Jesús en ese día? —Ser una santa—. ¿Sabes qué es una santa? —Sí; santo es uno que da *todo* al Señor».

Sin saberlo, expresaban estos niños una de las verdades sobre las que más han insistido los Maestros espirituales.

Monseñor Gay, por ejemplo, dice: «La santidad no es más que un *sí* pleno y perpetuo que la criatura dice a Dios; un *sí* viviente por el que hace pasar voluntariamente todo su ser; un *sí* fervoroso, práctico y eficaz». Y en otra parte, resume aún más brevemente: «Tenemos mil deberes y todos se derivan de la obligación de corresponder a la gracia».

Y San Alfonso de Liguori: «Toda nuestra perfección consiste en el amor a nuestro Dios infinitamente amable. Ahora bien, toda la perfección del amor divino consiste en la unión de nuestra voluntad con la de Dios... Si, pues, deseamos enteramente complacer al Corazón de Dios, procuremos no solamente *conformarnos* en todo con su santa voluntad, sino *uniformarnos a ella*, si así puede decirse, de tal manera que de las dos voluntades no hagamos más que una... Los santos no han tenido nunca otro fin que hacer la voluntad de Dios, persuadidos de que en esto consiste toda la perfección de un alma... Y *María* ha sido la más perfecta entre todos los santos solamente porque ha estado siempre más perfectamente unida a la voluntad de Dios».

«Tengo que hacer una cantidad de bien —escribe Monseñor d'Hulst—, tengo que dar a Dios una cantidad de amor, tengo que consagrar a los hombres una cantidad de abnegación; tengo que cumplir una cantidad de penitencia por mis pecados; otra —indefinida— por los pecados de los hombres; una cantidad de oraciones que ofrecer al cielo por ellos y por mí; una cantidad de deberes de toda clase que cumplir para con mi Padre Celestial; en fin, tengo que hacer un determinado uso de mi alma y de mi cuerpo, de mis facultades y de mis miembros, de mi tiempo y de mis obras, para gloria de Dios y cumplimiento de sus designios. Este es el plan

que El me traza y sobre el cual seré juzgado. Necesito poder decir en mi última hora: *Consummatum est*. Padre, he terminado la tarea que me habéis confiado... Ya he dicho todo; seré santo».

En su peculiar estilo, decía el Cura de Ars: «Si se preguntase a los condenados: ¿Por qué estáis en el infierno?, responderían: Por haber resistido al Espíritu Santo. Y si se preguntase a los santos: ¿Por qué estáis en el cielo?, responderían: Por haber escuchado al Espíritu Santo».

De los escritores espirituales de la Compañía de Jesús, extractamos, entre muchos, estos textos capitales:

«Lo más alto y más perfecto es la caridad y amor de Dios. Pues lo más alto y más subido y más puro de ese amor de Dios y como la nata de él, es conformarse en todo con la voluntad de Dios... Luego cuanto uno estuviere más conforme y más unido con la voluntad de Dios, tanto será mejor y más perfecto» (1).

En el *Retiro espiritual* del Beato P. de la Colombière (2), leemos: «La gracia de Dios es una semilla que no conviene sofocar... Es preciso ser fiel a los movimientos que nos llevan a practicar alguna acción virtuosa en ciertas ocasiones, porque esta fidelidad es a veces la clave de nuestra dicha. Una mortificación que Dios nos inspira en ciertas circunstancias, si se escucha su voz, producirá quizás grandes frutos y la santidad en nosotros, mientras que el desprecio que se hiciera de esta pequeña gracia podría tener funestas consecuencias».

El autor de *La Doctrina espiritual*, el P. Luis Lallemant, se expresa del mismo modo que el P. de la Colombière: «Haber ahogado un movimiento (de naturaleza) es haber ganado más que la posesión de cien mil mundos para la eternidad» (3). Y añade: «Hay pocas almas perfectas porque son pocas las que siguen la guía del Espíritu Santo... La causa de no llegar más que muy tarde o de no llegar nunca a la perfección es porque se sigue casi en todo solamente a la naturaleza y al sentido humano. Y no se guía más que muy poco o nada por el Espíritu Santo» (4).

---

<sup>1</sup> P. Alonso Rouriguez, S. I., *Ejercicio de Perfección*, Parle 1.<sup>a</sup>, trat. VIII, cap. I.

<sup>2</sup> Cuarta Semana.

<sup>3</sup> Tercer Principio, cap. II, art. IV, I.

<sup>4</sup> Y añade: ...«Muy pocos se mantienen constantemente en los caminos de Dios. Muchos se separan de ellos sin cesar. El Espíritu Santo los llama con sus inspiraciones, pero como no le son dóciles, llenos de sí mismos, aferrados a sus sentimientos, no se dejan guiar fácilmente... Así no avanzan mucho, y la muerte les sorprende sin haber dado más de veinte pasos cuando hubiesen podido dar diez mil si

Y, por fin, Gonnellieu: «La fidelidad a la gracia no es tanto una virtud particular como el espíritu y el alma de todas las virtudes... La fidelidad a las inspiraciones del Espíritu Santo y a los movimientos de la gracia es lo que hace a todos los santos» (5).

\* \* \*

Puesto que la fidelidad a la gracia es lo que hace a los santos, es de toda evidencia que debemos adiestrarnos en corresponder plenamente a los deseos del Espíritu Santo sobre nosotros. Se comprende, pues, que no se trata en estas páginas de la fidelidad que podríamos llamar *negativa*, de la fidelidad esencial, necesaria bajo pena de falta. Se trata de un problema mucho más delicado: el de la fidelidad *positiva*, se trata de esa prontitud alada, flexible, alegre, en adherirnos lo mejor que podamos a lo que pide en el fondo de nosotros mismos la Voz que se hace oír sin ruido de palabras.

La santidad, un *sí* perfecto, un *sí* viviente a todas las voluntades, a todas las inspiraciones divinas. Inclinar a las almas a no negarse jamás a estas dos letras victoriosas, es el objeto de nuestras páginas.

No constituyen éstas un tratado completo (6), sino un modesto silabario para aprender a decir sí.

---

se hubiesen abandonado a la guía del Señor. Por el contrario, las personas verdaderamente interiores que se guían por la luz del Espíritu de Dios... van a paso de gigante por los caminos de la gracia» (Ed. Pottier, 187-188).

<sup>5</sup> *De la Présence de Dieu*. 1.<sup>a</sup> parte, cap. III. al principio.

<sup>6</sup>El libro V del volumen *Dans le Christ Jésus*, págs. 187 a 219. puede ayudar a precisar la *Psicología del E. S.* actuando en el alma y la *Psicología del alma obrando bajo la acción del E. S.* Suponemos adquiridos estos elementos básicos

# I

## EL PORQUÉ DE LA FIDELIDAD



# I

## DIOS, LAS ALMAS Y NUESTRA FIDELIDAD A LA GRACIA

Por los textos citados en la *Introducción*, habrá sido fácil hacerse idea de la importancia primordial de la fidelidad a la gracia.

Múltiples razones vienen a fundamentar las palabras de los Maestros espirituales. Empecemos mirando en primer lugar desde el lado de Dios. Lo que *es*, lo que ha *hecho* por nosotros, *cuán pocos*, aun entre sus fieles, le aseguran su fidelidad ¿no son ya tres motivos que debieran inclinarnos a un servicio respetuosamente atento, a una abnegación sin lagunas y sin flojedad?

\* \* \*

Ya hemos reflexionado acerca de lo que Dios *es*. Los hebreos se hacían tal idea de su grandeza que habían vacilado en darle un nombre. Dios era el inefable, la grandeza por excelencia, Aquel cuya excelencia soberana no puede traducirse.

El pueblo cristiano se ha atrevido a nombrar a Dios, pero la Iglesia ha censurado siempre a los que pronunciaban inconsideradamente su nombre. Los santos lo profieren con inmenso respeto.

Cada vez que San Ignacio de Loyola nombra a Dios en los *Ejercicios* lo llama «Dios Nuestro Señor», como si lo que más le impresionase en Dios, fuera su infinita Majestad, el derecho que tiene a ser honrado, amado y servido plenamente.

¡Ah! Pero es que siendo el Altísimo *todo lo que El es* ¿podría probarse nuestra fidelidad en su servicio con una fidelidad medida con cuentagotas, con una fidelidad fastidiosa, o realizada a intervalos, con una fidelidad inferior? El que tiene derecho a todo ¿no recibirá de nosotros más que nada o casi nada? Si hay algo en nosotros que marque para siempre nuestra pequeñez ¿no será precisamente esta ineptitud que poseemos la mayor parte para cuidarnos de la grandeza de Dios? ¿Quién piensa, al orar, en la majestad soberana de Aquel a quien ora? Al ver el descuido en la

actitud, la ausencia de recogimiento, la triste rutina, sin esfuerzo para situar a Dios en la verdad de su ser y por tanto del respeto que le corresponde, se observa el enorme olvido de las distancias. Y lo que decimos de nuestra oración, puede decirse igualmente de nuestro modo de servir; tratamos a Dios evidentemente como si fuese un cualquiera y para quien fuera suficiente una fidelidad anémica y sin vigor.

Pero no solamente es Dios todo lo que es. ¿Qué no ha *hecho* por nosotros? Motivo de inteligencia, sí; pero aún más motivo de reconocimiento.

¿Es nada, para Dios, habernos llamado al ser? Hubiese podido guardarnos indefinidamente en la nada. Habiéndonos dado el ser, nos ha llamado a una vida divina. Habiéndonos creado, nada le obligaba a divinizarlos. Habiéndonos divinizado, ha querido re-divinizarlos ¡cuando habíamos perdido, por la desobediencia original, todos nuestros privilegios sobrenaturales! Habiéndonos otorgado lo sobrenatural la primera vez, hubiese podido, ante nuestra indelicadeza y nuestra poca diligencia, renunciar a sus proyectos de divinización de la humanidad.

¿Es nada, para Dios, cuando la primera divinización no le había costado nada — un soplo de su boca, *dixit et facta sunt*—, haber querido re-divinizarlos a costa de un último suspiro, de la venida y la muerte del Verbo que se hizo carne y subió a la cruz? ¿Es nada, de parte de Nuestro Señor, haber fundado la Iglesia con sus sacramentos, su ley santa, su autoridad preservadora y sus ejemplos santificantes para ayudarnos de todas las maneras a guardar nuestra vida divina, a intensificarla en todo lo posible? ¿Es nada, de parte de Nuestro Señor, habernos incorporado a su persona, haber querido que seamos prolongación suya, *portio Christi*?

Y todo eso ¿para que seamos cristianos vulgares, servidores con rebaja?

Todo lo que El es. Todo lo que da. ¿Habría que añadir: *lo poco que recibe*?

En efecto, ¿cómo viven la mayor parte de los cristianos? ¿Acaso dan testimonio ante el mundo, por una práctica asidua, de lo que es la religión del Salvador Jesús? Y los que no comparten su creencia, ¿son atraídos al Evangelio, al observar su vida, seducidos por la hermosura conquistadora de su ejemplo?

Evidentemente, existen cristianos modelos. Pero hay que confesar que son muy pocos. No deja de ser verdad lo que dice uno de nuestros contemporáneos: «La mayor objeción al cristianismo son los mismos

cristianos. Los cristianos son un escándalo para los hombres que quieren volver a la fe cristiana... En los siglos pasados, se juzgaba ante todo la fe cristiana por su eterna verdad, por su doctrina y sus mandamientos. Pero el hombre y lo humano absorben demasiado a nuestro siglo. Los malos cristianos disfrazan el cristianismo. Sus malas acciones, su deformación de la fe, sus excesos cautivan más que el propio cristianismo, aparecen más que la gran verdad cristiana. Un gran número, en nuestra época, comienzan a juzgar la fe cristiana por sus adeptos, que son con demasiada frecuencia, exteriores y degenerados. El cristianismo es la religión de la libertad, pero se le juzga por las violencias que los cristianos han cometido en la historia. Los cristianos comprometen su fe y son un lazo para los débiles... Por la indignidad de los cristianos, se ha olvidado a Cristo, se ha cesado de verle». Berdiaeff concluye que «deben venir los tiempos en que los cristianos cesen de ser un obstáculo en el camino de salvación» (7).

¡Oh, sí! Que vengan esos tiempos, que se apresuren. Se comprende que los infieles sirvan mal, es su oficio. Pero que los fieles se decidan ¡por fin! a merecer el nombre que llevan. Habría que dudar un poco, al menos viendo a algunos que se llaman fieles.

Al principio del cristianismo, no había, salvo excepciones, cristianos dedicados especialmente a la vida religiosa. Evidentemente eran conocidas las palabras de Nuestro Señor al joven rico: «Si quieres ser perfecto, vende tus bienes, etc...», pero se estimaba que las exigencias del bautismo obligaban a cada bautizado a la perfección del Evangelio, según su gracia personal y su estado de vida. Por añadidura, cada fiel estaba expuesto al martirio y quería estar dispuesto, si Dios le pedía el supremo sacrificio; esta situación de alerta le ayudaba singularmente a mantenerse en continua generosidad (8).

Hasta más tarde no se inició la partida al desierto y la vida monástica. Aumentando el número de los discípulos de Cristo y habiendo cesado las persecuciones, se debilitó el tono evangélico del cristianismo en la masa; entonces los fieles animados por el deseo de vivir más íntegramente su fe, *abandonaron el mundo*.

---

<sup>7</sup> Nicolás BERDIAEFF, *De la dignité du Christianisme et de l'indignité des chrétiens*, ed. «Je sers», 1931, págs. 10-11. Véase también, págs. 41-46. Ya se sabe que el autor es un ruso no católico, sino cismático.

<sup>8</sup> Véase FESTUGIE, O. P., «*L'enfant d'Agrigente*», pág. 134, colec. «Chrétienté», ed. du Cerf.

¿No es triste ver en la actualidad, después de tantos siglos de cristianismo, un número relativamente considerable de fieles que se contentan con una fidelidad irrisoria? Y sin embargo, además de las exigencias del bautismo que siguen siendo las mismas que en los primeros siglos cristianos, la miseria misma de la época en que vivimos reclamaría almas fuertemente sólidas, generosidad sin desfallecimiento, fidelidad de la mejor ley. Nadie ha dicho que se haya cerrado la era de los mártires. Y además, de todos modos, la era de la valentía y de la santidad está siempre en sazón.

¿Cuál es la medida de nuestra fidelidad, de la fidelidad de los que juzgamos poco fervorosos a nuestros hermanos, de la fidelidad de los mejores? —pues supongo que no serán cristianos de segunda línea los que leerán este libro—. ¿No es verdad que el Señor se ha quejado siempre más de la fidelidad demasiado infiel de los que se llaman sus amigos? Los verdugos, los fariseos, el procurador ambicioso... esos no comprenden, no aman, se les perdona. Pero ¿y Judas el apóstol? ¿Y Pedro el apóstol? ¿Y los doce? Y, a lo largo de los siglos, tantos escogidos llamados a la delicadeza del amor, prometidos a la generosidad, colmados de gracias y tan flojos, al menos en algunos momentos, tan insignificantes los que se habían comprometido a ser «insignes».

El cardenal Manning anotaba en su Diario, sin excluir ni aun a los comprometidos en el sacerdocio:

«No respondemos más que a una veintena de las gracias que nos llegan por centenares; o bien no contamos más que una veintena y no respondemos más que a una».

Aun cuando uno se haya entregado a Dios, prometiendo tender a la perfección en la vida religiosa ¡cuánta merma a veces!

En un retiro predicado, hace algunos años, a religiosos de su Orden, les decía un piadoso Dominicó, que un alma que había alcanzado altísimos estados de unión, había oído a Nuestro Señor quejarsele y decirle: «¡Ah! Si de cada cien sacerdotes, uno sólo se diera por completo a Mí; si de cada treinta religiosos uno sólo se diera por completo a mi servicio, ¡cuánto bien haría Yo en el mundo!»! (<sup>9</sup>).

---

<sup>9</sup> *Vie interieure de Fr. Marie-Raphaël Meysson*, por el P. Pie BERNARD, cap. V. Se encontrarán ecos de quejas parecidas en el volumen *Cum clamore valido*, publicado bajo la dirección de los PP. Lebreton y Monier-Vinard. Se trata de confidencias hechas por N. S. a una religiosa muy probada y muy fiel en su prueba.

Dejamos a ese predicador la responsabilidad de su afirmación y la justa apreciación de sus fuentes. Pero si la frase es cierta ¡cómo nos lleva a la reflexión! ¡De cada treinta, uno, de cada cien, uno! Y parece decir el Señor que no los consigue.

«Busqué consoladores y no los encontré, o los que encontré me ayudaron tan poco, me desconcertaron tan dolorosamente... ¿Tú, al menos?»<sup>(10)</sup>.

Pues bien, sí ¿yo? ¿Necesitaré otras razones? ¿Cuándo comprenderemos? ¿Cuándo comprenderé que es hora?

Demasiado he tardado.

\* \* \*

Pero he ahí que interviene un nuevo motivo, sobre todo para el que quiera realizar plenamente su papel providencial en la historia de la salvación del mundo.

Se extraña uno a veces de que haya —relativamente— tantos apóstoles y tan poco apostolado fecundo. La razón de esta diferencia entre la mano de obra al servicio de la Iglesia y los resultados obtenidos ¿no será que, entre los sembradores, son muy pocos los que atienden a lo que fecundiza el grano que arrojan con profusión?

El mundo no necesita muchas palabras. Sobran palabras. No necesita hermoso lenguaje. La literatura de los predicadores, por útil que sea cuando realiza su legítimo objeto, como tal literatura no ha convertido jamás a nadie. El mundo no tiene nada que hacer con todo lo que es *oes sonans et cymbalum tinniens*, «bronce que suena y címbalo que retumba», y el Evangelio no tiene nada que ver con los que solamente hacen ruido.

Lo que necesitan las almas, para conmoverse, son apóstoles auténticos, cuyos gestos y palabras se apoyen en una verdadera santidad. Los dones humanos son útiles y feliz quien los posee; pero por sí solos no bastan. La santidad verdadera, como veremos mejor después, y como todo lector advierte ya, significa ante todo fidelidad a Dios por amor.

A una religiosa que aspiraba a no rehusar nada a su buen Maestro y a quien, por otra parte, Nuestro Señor reprochaba las menores indelicadezas, aun las poco consentidas, el Salvador confiaba el cuidado de reparar por

---

<sup>10</sup> El cardenal Suhard, en 1944, bendijo una oración para ofrecerse a N. S. para ser su consolador o consoladora. ¿Cómo? Problema de fidelidad, de fidelidad por amor. Véase *El alma consoladora del Corazón de Jesús*, P. NONELL, S. E. I. R. Barcelona

todos los pecados cometidos en el universo durante un año entero. ¿Qué precio exigía para obtener tal compensación? La fidelidad absoluta.

En el segundo volumen de su gran *Historia literaria del sentimiento religioso en Francia* <sup>(11)</sup>, H. Brémond trae el ejemplo de María Teyssonier, llamada María de Valence, una valiente muchacha que vivía en medio del mundo, a quien Cristo confiaba, para su parte de apostolado y de conquista, cincuenta mil pecadores que convertir, treinta mil penitentes que confirmar en su firme propósito, quince mil justos y doce mil santos para que se mantuviesen y creciesen en virtud. Aquí también, ¿qué precio exigía el Señor para obtener tal resultado? La fidelidad absoluta.

Un jesuita del siglo XVII, llamado a formar para el apostolado a los jóvenes sacerdotes de su Orden, el P. Judde, insistía en la necesidad del don total a Dios para cualquiera que no quisiera ser, en su cielo, más que «un fantasma escapado del sepulcro».

La regla es la misma, trátase del apostolado del sacerdote, del de la vida religiosa o del apostolado seglar.

En verdad ¿es admisible predicar a los demás el deber de la fidelidad y no ser uno fiel? ¿Se cree, acaso, que las almas se compran simplemente desplegando actividad humana? ¡En verdad, sería demasiado fácil!

Las almas se compran con desprendimientos efectivos. Dios no rehúsa la conquista del prójimo a quien empieza por conquistarse a sí mismo. Pero quien se niegue a conquistarse a sí mismo no conquistará jamás a nadie. Se necesita sangre para asegurar la Redención, hacen falta múltiples gotas de fidelidad más preciosas que la sangre de las venas. Se obstruye el camino al prójimo cuando se obstruye el camino a Dios, y se obstruye el camino a Dios cuando se obstruye el camino para ir a sí mismo.

Todos los apóstoles saben que hay que pasar por este ciclo. Si falta el eslabón intermedio, no se dispone de las reservas de la gracia, y por consiguiente, no se puede infundir la gracia en las almas.

---

<sup>11</sup> *L'Invasion mystique*, cap. II, pág. 61.

## II

### LA DEVOCIÓN AL ESPÍRITU SANTO Y LA FIDELIDAD A LA GRACIA

La fidelidad a la gracia, que nos hace dar a Dios el homenaje que merece por su grandeza y por su bondad, que compensa por la inercia de muchos y mide la eficacia de nuestro apostolado, es también para nosotros el mejor modo práctico de honrar al Espíritu Santo.

\* \* \*

Para muchos cristianos no existe la devoción al Espíritu Santo. «No sabemos siquiera que hay un Espíritu Santo, podrían decir, como algunos de los primeros discípulos (Hech 19, 2), y si conocen su existencia teórica, no conciben en qué puede y debe consistir, concretamente, su culto efectivo. Para ellos, se trata de una devoción adventicia, de segundo plano, secundaria, o de una devoción pasajera en el tiempo litúrgico de Pentecostés. Hay una novena o una octava al Espíritu Santo, como hay en marzo una novena llamada «de la gracia» a San Francisco Javier.

En parte tienen excusa.

Aparte de que el Espíritu Santo no es fácilmente «representable» (la Iglesia, en tiempo de Benedicto XIV, prohibió figurarle más que por la paloma o la lengua de fuego), se le menciona el último en la señal de la cruz; el Espíritu Santo es una realidad puramente invisible; sus dones, una realidad puramente interior; los catecismos no hablan de El, por decirlo así, y apenas si tratan de El los predicadores.

Recordamos un Superior de Colegio que habiéndonos invitado a predicar a sus jóvenes en Pentecostés, creyó útil advertirnos: «¡Y sobre todo no les hable usted del Espíritu Santo!». Se comprende que quería decir: «No entre usted en la cuestión abstrusa del problema de la Trinidad...». Pero ¿verdad que la frase era reveladora?

Sin embargo, en el transcurso de los tiempos, ¡ha habido tantos y tan célebres predicadores de la devoción al Espíritu Santo!

En primer lugar, habría que mencionar a Dios mismo.

Si se nombra a la Tercera Persona 210 veces en el Nuevo Testamento, no olvidemos que se cuentan en el Antiguo Testamento, alrededor de 150 alusiones al Espíritu Santo. ¿No es El, el Espíritu de Dios, quien, dominando sobre las aguas, preside la Creación? (Gen 1, 2). ¿El quien suscita los deseos y las oraciones de un José (Gen 41, 38), de un Josué (Deut 34, 9), de un Gedeón (Jud 6, 34), de un Sansón? (Jud 14, 6). El quien sugiere a los Profetas, según testimonio de San Pedro (2 Ped 1, 2), sus visiones: «El Espíritu Santo está sobre mí», dirá Isaías (Is 41, 1), y de modo semejante se expresará Ezequiel (Ez 3, 12; 8, 3; 11, 2). El también, el Espíritu Santo, es quien inspira a los escritores sagrados, hace brotar completamente nueva la poesía de los *Salmos*, da la inspiración a los historiadores del *libro de los Reyes* o de los *Jueces* y acierto a los legisladores de Israel. Y al estar en el origen de todo nacimiento, preside en la Redención como había presidido en la Creación. «El Espíritu Santo vendrá sobre ti»... «Habiendo concebido por obra y gracia del Espíritu Santo» (Lc 1, 67). Y estará también en el origen de nuestro re-nacimiento, en la Resurrección, como lo evoca la famosa visión de los huesos, en la que el soplo del Altísimo devuelve la vida a los cadáveres.

Los apóstoles y sobre todo San Pablo no dejarán de hablar de El, y lo mismo, después de ellos, los Santos Padres. La liturgia lo sitúa en primer plano. Los mismos jefes de Estado no creían poder hacer mejor cosa que instaurar entre las más altas condecoraciones, el collar de la Orden del Espíritu Santo <sup>(12)</sup> y, en otro tiempo, ningún Parlamento, Tribunal, Universidad o Asamblea, hubiese comenzado sus sesiones o abierto el curso, sin celebrar una Misa en honor del Espíritu Santo.

Pero el gran predicador de la devoción a la Tercera Persona, es Jesús mismo. Si parte, es para enviarnos al Espíritu Santo: hasta entonces no había sido dado el Espíritu Santo (Jn 7, 39). Era necesario que la obra de justicia en qué consistía la inmolación sangrienta del Hijo que vino a reparar los pecados» se cumpliese; ahora se trata de fecundar la expiación

---

<sup>12</sup> Cuando, en el patio ovalado del castillo de Fontainebleau se celebró el bautismo solemne del delfín Luís —que fue más tarde Luis XIII— se decoró el estrado con los colores e insignias de la Orden del Espíritu Santo, palomas y adornos azules. Y Moliere hizo llamar a su hija con el nombre del padrino y madrina que él le dio, Espíritu-Magdalena. El marido, un tal Montalant, quiso, antes de morir, hacer donación en honor del patrono de su mujer, a los religiosos Agustinos de Argenteuil, de una capillita dedicada al Espíritu Santo. (E, Pilon, *Dames et gentilshommes du XVII.<sup>e</sup> s.* Mercure de France, 1941, págs. 46 y 131).



redentora; la misión pertenece ya menos a la justicia que al amor. Justicia y misericordia se han abrazado en el Calvario (<sup>13</sup>) y la misericordia tiene desde ahora una gran misión. De ahí la inversión: en el Evangelio, el Espíritu Santo tenía un lugar menos relevante; no interviene más que en segundo plano. Ahora, en el Post-Evangelio, sin que el Salvador pierda su puesto, se comprende que la Tercera Persona lo tenga más amplio.

El Espíritu Divino es quien nos iluminará (Jn 16, 13), quien nos sugerirá todas las iniciativas oportunas (Jn 14, 26); El quien nos asistirá en las horas críticas, quien nos sostendrá y nos consolará (Jn 14, 17); en su nombre bautizarán los apóstoles y perdonarán los pecados (Jn 20, 22) y extenderán la doctrina: «Cuando vosotros habléis, el Espíritu del Padre hablará en vosotros (Mt 10, 20); os enseñará lo que es necesario decir (Lc 12, 12). El Espíritu os dará el atestiguar que Cristo es la Verdad» (Jn 5, 6; Hech 1, 8).

¡Cuán significativos son estos textos y otros que se podrían aducir!

En nombre, pues, del mismo Redentor es el Espíritu Santo quien entra aquí en primer plano con especial misión, aunque sin exclusivismos; es él quien actúa y opera, él quien conduce la barca. La Encarnación personal correspondió al Hijo solamente; al Espíritu Santo corresponde el papel (<sup>14</sup>) de propulsor general del gran cuerpo de la Iglesia.

Notemos, por otra parte, que de esta misión que pertenece al Espíritu Santo, somos también deudores a las otras dos Personas, pues salvo la Encarnación, las obras de Dios «ad extra», pertenecen a toda la Trinidad.

Pero se comprende que, por el hecho de esta insistencia de Nuestro Señor, la Iglesia atribuya por apropiación, la distribución de las gracias del Altísimo a la Tercera Persona (<sup>15</sup>) y que reclame de los fieles un culto

---

<sup>13</sup> *Justitia et pax osculatae sunt* (Salmo 84, 11).

<sup>14</sup> Ese papel, que es doble, lo describe maravillosamente el P. de Lubac: «El Espíritu que Cristo ha prometido, su Espíritu, es a un tiempo El que infunde el Evangelio en el fondo del alma y El que lo expande por todas partes. Cava en el hombre nuevas profundidades de acuerdo con las profundidades de Dios, y lo proyecta fuera de sí hasta los confines del mundo; lo universaliza y lo interioriza; lo personaliza y lo unifica». (*Catholicisme*, 264, col. «Unam Sanctam»).

<sup>15</sup> Como atribuye preferentemente a la Primera la Creación. No es *exclusión* de las otras Personas, sino *insistencia* sobre una acción más destacada por los textos. Ciertos teólogos de gran mérito, Petau, el Padre de Régnon, etc..., han pretendido —y la Iglesia no ha condenado esta posición— que realmente y no por simple apropiación tenía el Espíritu Santo un papel efectivo especial en la santificación de las almas. El Padre Galtier ha expuesto la doctrina común en su libro: «*La Inhabitación en nosotros de las Tres Personas*». Beauchesne.

particular al Espíritu Santo. ¿Habría que evocar, por ejemplo, la magistral encíclica del Papa León XIII sobre la misión del Espíritu Santo (<sup>16</sup>), o también el breve de Su Santidad Pío XI del 5 de diciembre de 1922, del cual tomamos estas líneas: «Nos nada estimamos tanto como ver a los fieles aplicarse cada día con nuevo cuidado a conocer, amar e invocar al Espíritu Santo?»

Este doble deseo —el de Nuestro Señor y el de la Iglesia— de vernos poner al Espíritu Santo en sitio preferente en nuestras existencias cristianas, nos dicta nuestra conducta; y ¿no es triste que, ante la negligencia reinante, en este punto, en muchos fieles, se haya podido hablar del «Calvario del Espíritu Santo?»

Hagamos cesar este Calvario. Pero ¿cómo?

\* \* \*

No hablemos de la mayor importancia que debiera ocupar en una vida cristiana el recuerdo de Pentecostés; más aún, acaso, el pensamiento de este Pentecostés individual, o sea de su bautismo. Debiera festejarse este aniversario con especial gozo. ¿No fue ese día cuando se fue consagrado templo vivo del Espíritu Santo?

Santa Teresa del Niño Jesús se desconsolaba de haber vivido treinta y tres horas antes de que el agua santa hubiese caído sobre su frente; se la comprende. Y ¡que no tengamos nosotros más en la memoria el gran sacramento de nuestra Confirmación! Aquel día, no solamente fuimos fortalecidos con la gracia del Espíritu Santo para nuestra personal santificación y para la lucha contra el pecado, sino que fuimos preparados para la conquista de nuestros hermanos y para la extensión del Reino de Dios (<sup>17</sup>).

Todo cristiano debiera amar especialmente estas fechas: Pentecostés, aniversario del Bautismo y aniversario de la Confirmación. Sin embargo, no evocan, al pasar, más que episodios. ¿No hallaríamos, en un plan muy práctico, una forma de devoción al Espíritu Santo que se afirmase cada día y tuviese la ventaja de ser concreta y de penetrar en cada instante en nuestra misma existencia?

Sí. Y precisamente, es la fidelidad a la gracia.

---

<sup>16</sup> *Divinum illud*, 9 mayo 1897.

<sup>17</sup> No está exenta de interés la lectura de lo que en la *Historia de un alma* dice de su confirmación Santa Teresita del Niño Jesús y de las gracias que en aquel día comunica el Espíritu Santo.

Sabemos que, además de la gracia santificante que es un estado permanente, Dios nos pone en el camino, al pasar, según nuestras necesidades y su amor, múltiples recursos exteriores e interiores para iluminarnos y guiarnos por la ruta de la salvación; es lo que se llama la gracia actual. El Espíritu Santo no está inerte en el alma. Nos sugiere atractivos, movimientos, reproches o remordimientos, nos comunica preciosas luces, nos despierta o nos excita, nos aleja del mal y nos impulsa al bien, provoca en nosotros resoluciones generosas o fecundos arrepentimientos. Incluso nos solicita el Espíritu Santo, aun cuando no estemos en estado de gracia. ¿Quién es el pródigo que no ha oído la voz interior: «¡Vamos, en pie! ¡No permanezcas en tu pecado! ¡Levántate! ¡Vuelve a tu Padre!»?

Si me atrevo, diré que, desgraciadamente, el Espíritu Santo tiene contra El, el ser demasiado espiritual para nosotros, pobres seres de carne y sangre. «Mis palabras, decía Nuestro Señor, son espíritu y vida. El espíritu es quien vivifica; la carne no sirve de nada». El Salvador no hablaba de lo que es, en nosotros, la facultad humana de comprender, nuestra inteligencia, nuestra aptitud para pensar con razón; alude a algo más sutil, más fuerte, más libre aún y que, por su misma sencillez, confina más con lo divino: una vista limpia y que desafía al análisis, que se afirma imperiosa y a la vez tan suave, que, si no se la rechaza, es capaz de provocar en un instante las resoluciones más generosas, de revolucionar la vida moral, de elevarnos, lo que ya es mucho, sobre nosotros mismos. No es ni razonamiento ni pensamiento, sino luz inaccesible que domina desde muy alto todo razonamiento y todo pensamiento, el Espíritu que continúa su misión desde el principio del mundo planeando sobre las aguas. «¿A quién iremos? Vos tenéis palabras de vida eterna». Intuición que no es de la tierra, sino una especie de milagro permanente del cual se benefician los corazones rectos.

¿Nos imaginamos qué sería el mundo si cada uno, en lo íntimo de su existencia moral, siguiese siempre la voz del bien, la invitación del Espíritu Santo, y pudiese decir en todo momento lo que decía San Pablo a los sacerdotes de Éfeso: «*Llevado por el Espíritu Santo, yo me voy a Jerusalén?*»

¡Qué mejor devoción a la Tercera Persona que ésta! Devoción, no solamente afectiva y que se atestigua por impulsos y oraciones, sino efectiva, que se manifiesta por la sumisión a todo lo que Dios pide en el deber presente. Si de modo universal viniese a florecer sobre la tierra esta devoción de las devociones, veríamos a todos los que el pecado atrae,

rehusar el mal para obedecer a su conciencia; a todos los que repele la fe porque les parece demasiado exigente, renunciar a sus bajas cobardías y seguir la luz; a todos los que el bien solicita, no negarse al sacrificio libertador. Sería ya el cielo ¡el cielo en la tierra!

Hagamos nuestra la oración que sugiere, en el *Alma fiel*, un autor espiritual del siglo XVIII, el P. Baudrand (<sup>18</sup>):

«¡Oh Espíritu Santo, que no tenga que reprocharme nada para con Vos! Soy infiel a vuestras gracias, resisto a vuestras inspiraciones, combato vuestras luces, ahogo los remordimientos saludables que excitáis en mí. Conmoveos, Espíritu Divino, de la amargura de mis lamentos. No me castigéis, alejándoos de mí... Desde ahora seré dócil a vuestra voz, fiel a vuestras gracias, atento a vuestras inspiraciones; cuanto más las resistí en el pasado, tanto más me esforzaré en corresponder a ellas desde ahora continuamente».

---

<sup>18</sup> Rouen, 1792, págs. 164-166.

### III

## NUESTRA DIGNIDAD DE «OTRO CRISTO» Y LA FIDELIDAD A LA GRACIA

No solamente la fidelidad a la gracia es el mejor remedio práctico de devoción al Espíritu Santo, sino puede y debe decirse que es el mejor medio que tenemos de honrar a Jesucristo, de vivir plenamente la vida que nos pide, es decir, de ser, bajo las apariencias de «nosotros», otro «El».

Por otra parte, ya hemos hablado de esta cuestión, pero suponemos no será inoportuno precisar algo más.

La vocación esencial del cristiano es ser una prolongación viviente de Jesucristo: *Alter Christus, membrum de membro*, un miembro del Cristo completo, del que Jesús es la Cabeza.

Pero en Cristo Jesús, Nuestro Señor, ¿cuál era el alma profunda de su alma, la razón esencial de su venida a la tierra? Cumplir plenamente en cada momento para la gloria del Padre *lo que le dictaba el Espíritu Santo*.

Es preciso que yo prolongue a Cristo. Lo comprendo bien: no se trata evidentemente de reproducir lo que constituía los rasgos particulares de su vida (haber nacido en un establo, vivir en un taller de un artesano, multiplicar los panes, caminar sobre el mar, etc., etc.); lo que he de reproducir es la disposición de alma esencial de Cristo en medio de todos esos episodios, para El transitorios, para mí fuera de imitación. ¿Cuál es esa disposición? Como Nuestro Señor, Jefe divino, glorificar al Padre, yo, miembro de Cristo, por una entera fidelidad al Espíritu Santo en cada instante. Nuestro Señor ha vivido esto en su propia vida; yo debo vivir el mismo programa en mi vida.

Aclaremos plenamente esta gran doctrina.

\* \* \*

Una palabra resume todo: una infidelidad perdió al mundo; una fidelidad lo salva.

Ya conocemos la infidelidad que perdió al mundo; lleva un nombre tristemente memorable: se llama pecado original.

La falta comprendía un doble elemento: emanaba del hombre; convenía, pues, que el reparador de la falta fuese un «humano». Insultaba al Dios infinito; convenía, pues, que el reparador de la falta fuese infinito.

El Verbo se hará carne. Hombre, podrá reparar «a lo humano»; Verbo, podrá reparar «a lo divino».

Los tiempos han cambiado. Llega la Encarnación.

La falta había consistido en una desobediencia. ¿Qué va a hacer, a lo largo de su existencia sobre la tierra el Verbo Encarnado? Obedecer.

La criatura pretendía indebidamente elevarse hasta Dios, rivalizar con Dios de igual a igual, creerse, por decirlo así, Dios por naturaleza, cuando no era divinizada más que por gracia, por puro regalo de la Majestad Suprema, permaneciendo «finita» y «nada».

El que era Igual va a hacerse Inferior para, en compensación, rendir a la Majestad divina este homenaje de inferior a Superior que se negaba a dar la criatura humana.

Lo esencial de Nuestro Señor es esto: que para reparar la infidelidad original, El que en el cielo no podía ofrecer a su Padre un homenaje más que de igual a igual, ha consentido en encarnarse en la tierra a fin de dar a Dios un homenaje de criatura.

Y de este modo, al lado de los textos evangélicos que recuerdan: «El Padre y Yo no hacemos más que uno», encontramos toda una serie de otros textos que dicen: «El Padre es mayor que Yo».

¿Qué hace el Salvador desde el primer minuto de la Encarnación? Cumple, como niño pequeño, todo lo que exigen de El sus padres. Augusto había mandado y de ese mandato había resultado el establo. Herodes amenaza, y de ahí, Egipto. Vuelve a Nazaret. La Ley judía exigía a los muchachos que habían cumplido doce años la asistencia a las ceremonias públicas del culto; Jesús obedece. Su única ambición es cumplir en todo lo que quiere su Padre. Por otra parte, cuando después de perderlo en el templo, lo vuelve a encontrar María, el Niño dice a su Madre: «Me debo por entero a las cosas de mi Padre».

Más tarde, cuando Nuestro Señor quiera resumir lo que de más íntimo encierra su vocación y como la razón de ser de su venida al mundo ¿qué dirá? «Mi alimento (es decir, la medula misma de mi vida) es hacer en todo la voluntad del Padre que está en los cielos» (Jn 4, 34).

Esta voluntad fue de crucifixión. Y Jesús no quiere más que cumplirla. Bien se ha visto en la Agonía: «Padre, Padre, aleja el cáliz, es demasiado, verdaderamente demasiado». Aquí habla la sensibilidad, Nuestro Señor era humano como nosotros. — «Sin embargo, Padre, que se haga tu voluntad y no la mía»; la voluntad profunda habla aquí. ¿Qué importa el estremecimiento de la pobre naturaleza ante los horrores del Calvario? *Solamente* cuenta la voluntad de Dios. *Fiat! Fiat!*

Y el Salvador no creará terminada su tarea mientras no haya llegado hasta el fin de las voluntades del Padre, hasta el *Consummatum est*.

¿Qué dirá el Apóstol Pablo, cuando quiera resumir toda la vida de Jesús (Rom 15, 3)? «Cristo no ha hecho jamás su voluntad». ¿Quién no lo comprende? ¿Había venido para hacerla? De ningún modo. Su voluntad la cumplía allá arriba. Su voluntad no era más que una, indisolublemente, con la del Padre. Si ha venido a la tierra, es justamente para poder someter su voluntad al querer de su Padre.

¿Y qué vemos también a lo largo de toda la vida de Nuestro Señor?

Jesús cuida de seguir en cada momento la menor insinuación de la voluntad del Padre, tal como se lo inspira el Espíritu Santo, llamado corrientemente por San Pablo el Espíritu de Cristo.

¿Se trata de ir o de volver Nuestro Señor del desierto? No se decide hasta después de haber consultado: «El Espíritu impulsó a Jesús al desierto», escribe San Marcos (1, 12); «Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió al Jordán y fue impulsado por el Espíritu al desierto», observa San Lucas, y añade: «Jesús, bajo la acción poderosa del Espíritu Santo, volvió a Galilea» (4, 14-14).

En la sinagoga de Nazaret, Jesús se aplica a Sí mismo las palabras de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí» (Lc 4, 17-21).

Por el Espíritu de Dios arroja Jesús a los demonios y obra milagros; bajo la acción del mismo Espíritu se estremece de gozo y eleva a su Padre esta oración: «Te bendigo porque has escondido estas cosas a los soberbios y las has revelado a los pequeños» (Lc 10, 21).

\* \* \*

Pero si el *Jefe* es así, así deberán ser igualmente los *miembros*. Lo esencial en Cristo es la sumisión al Espíritu Santo por el honor del Padre y la restauración de sus derechos; lo esencial para un miembro de Cristo

¿podría ser otra cosa que una idéntica sumisión al Espíritu Santo, otra que una entera fidelidad en responder a los deseos del Padre?

Para Cristo una sola consigna: obedecer plenamente al divino querer; ésta era la razón esencial de su venida. Para el miembro de Cristo, una sola consigna, que constituye el fondo mismo de su vocación «cristífica»: obedecer plenamente, como el Jefe divino, al querer del Padre, seguir en todo al Espíritu Santo, seguirle evidentemente en todas las cosas graves, hasta evitar completamente el pecado mortal; seguirle hasta cuando no se trata de cosa grave, y por tanto huir del pecado venial; seguirle —y esto da un margen enorme a la generosidad y será necesario que volvamos sobre ello— aun cuando no se trate de órdenes de Dios, sino de simples deseos suyos, y por tanto hasta huir de toda imperfección consentida.

Fidelidad, fidelidad, fidelidad.

Así es el Jefe. Así ha de ser el miembro si quiere ser miembro auténtico de un Jefe auténtico como es el suyo: «Los que son conducidos por el Espíritu Santo son hijos de Dios», dice San Pablo (Rom 8, 9-14).

Lo mismo que el Espíritu Santo conducía a Jesús al desierto o le sacaba de él, lo mismo que le inclinaba a orar, le daba poder cuando repartía sus beneficios, igualmente el Espíritu Santo debe inspirar todos nuestros pasos.

En primer lugar, desviarnos del pecado: «Caminad según el Espíritu y no realizaréis las codicias de la carne» (Gál 5, 16); o, como lo recomienda la Epístola a los Romanos: «Caminemos, no según la carne, sino según el Espíritu».

Hay ahí un *mínimum*, obligatorio sin duda, pero insuficiente para quien quiera reproducir y prolongar perfectamente a Cristo. El alma fiel trata de guiarse en todo según la inspiración del Espíritu interior: *Unctio Spiritus docebit vos*, escribe San Juan (1 Jn 2, 20-27), «la unción del Espíritu Santo os enseñará». Y, de hecho, quien esté atento al interior, no puede dejar de oír las múltiples sollicitaciones de la gracia, que le llama al bien o, a lo mejor, descubriéndole las cimas e invitándole a escalarlas.

Nos sentimos inclinados a la oración. ¿De dónde viene esa invitación? Del Espíritu Santo; y si obedecemos a esa voz, ¿de dónde viene el soplo que nos hace subir hacia Dios? Del Espíritu Santo también.

El es quien ora en nosotros, quien pone en nuestros labios las palabras que convienen y que se expresa por gemidos inenarrables: *Abba, Pater*. «Padre, Padre» (Rom 8, 15-26).



Y será también el Espíritu Santo quien nos revele los dones de la gracia y nos ilumine sobre la vida del Altísimo (1 Cor 2, 10-12).

«Si alguno tiene sed, que venga a Mí», decía Nuestro Señor. Y ¿qué es ir a El, sino llenarse del Espíritu Santo? «Al que cree en Mí, continuaba el Buen Maestro, le inundarán ríos de vida». Y el Evangelio añade, para explicar en qué consisten esos ríos de vida: «*Hoc autem dixit de Spiritu quem accepturi erant credentes in eum*». Estos ríos de vida no eran más que una efusión del Espíritu Santo, recompensa de los que querían acceder a la fe. Creer en Cristo es recibir al Espíritu; no se puede ser más claro (<sup>19</sup>).

Para creer, es preciso poseer ya el Espíritu Santo, pero una vez que se cree, esa posesión del Espíritu se hace invasión; hace un momento no era más que un pequeñísimo hilito; ahora un río o, mejor dicho, ríos, pues se pone en plural a fin de indicar la plenitud creciente de las venidas divinas si se es fiel en vivir la fe.

En resumen: cuanto más pueda el discípulo decir como el Maestro: «Yo hago siempre lo que el Señor pide» (Jn 8, 29), tanto más será miembro vivo, auténtica prolongación de Cristo. Jesús decía también: «El que se afana en todo en hacer la voluntad del Padre (tal como le ha sido manifestada por el Espíritu Santo) ése es mi padre, mi madre, mi hermana y mi hermano».

No se trata, pues, solamente de no ofender a Dios, labor completamente negativa, por esencial que sea. Se trata de dar a Dios el máximum de obras perfectas, de seguir, como Cristo, al Espíritu Santo tan lejos como El quiera llevarnos, de no quedarse a mitad de camino en sus invitaciones, sino de realizar, con toda la plenitud deseada, el programa ofrecido a la conciencia del momento.

Ir hasta el fin de sí mismo y tender en la práctica al mejor amor, es prolongar perfectamente a Cristo, o lo que es lo mismo, seguir perfectamente al Espíritu Santo. No queda ya más que poner, en todo cuanto se hace, este impulso, esta llama que animaban al Jefe divino: glorificar al Padre, salvar al mundo.

Entonces ya no queda en nuestra vida nada de la criatura. El «yo» ya no existe. Se busca únicamente a Dios. «Yo ya no vivo. Cristo solo vive en mí». Esta es la perfección del Cristianismo.

¿Quién, pues, ante esta sublime y terrible frase de San Pablo no se ha sorprendido admirando al gran apóstol por su valor y, al mismo tiempo; encontrándose harto tacaño en las generosidades de cada día?

---

<sup>19</sup> Este texto sirve de final al *Evangelio del Lunes de Pasión*, Juan 7, 38-39.

El «yo» llamado a la completa desaparición. El «yo» enteramente suprimido. Todas nuestras partículas de ser y de vida cambiadas, como todas las partículas del pan, en la Misa, en una criatura nueva —*nova criatura*—, transformadas en «Jesucristo».

Se acabó el «yo» en mí. Ya no queda más que «Cristo». ¡Si nos atreviéramos a decir esta palabra: Todo se ha transformado «en Jesucristo»! Ya no hay en mí, como en El, más que la sujeción completa por amor a todos los querer del Padre, tal como son manifestados por el Espíritu Santo.

Aquí y allá, transubstanciación, aunque de modo diferente. Aquí instantánea, allí día por día. Aquí, obtenida sin oposición, allí ¡cuán costosa! En el altar no resiste ningún elemento de la substancia del pan. Todo de un golpe y sin protestas. A lo largo de la vida, para transformarse hasta lo íntimo en «Jesucristo» —ideal del Cristianismo llevado a su último término y hasta el fin de sus exigencias — ¡cuántas oposiciones! ¡cuántos choques! ¡cuántas súplicas de parte de «la naturaleza»! ¡Le gusta tanto vivir al «yo»! ¡Le gusta tan poco morir, aun para adquirir una suerte mejor! Nosotros queremos transformarnos en «Cristo», pero sin demasiados esfuerzos. De ahí, todas esas «transubstanciaciones» incompletas; esas cristianizaciones en las que quedan numerosos residuos y en las que, por culpa nuestra, hay, como resultado, tanto «nuestro» como «Suyo». Después de la consagración, ya no queda nada en la hostia, de la substancia del pan. ¿Quién puede decir que, después de años y años de cristianismo, no hay ya en él ninguna partícula de molesto egoísmo; que todo su «yo» ha desaparecido, que solamente vive en él y reina Cristo; que sólo manda en él una voluntad de fidelidad total al Espíritu Santo análoga a la de Cristo; que, para él, como para Cristo, el único alimento es cumplir las voluntades del Padre; que puede decir en todo como el Jefe divino: «Lo que el Padre me pide por el Espíritu Santo, yo lo hago siempre»?

Solamente quien pueda decir esto, es un miembro auténtico de Cristo que practica plenamente la fidelidad absoluta al Espíritu Santo.

## **II**

# **CONDICIONES DE LA FIDELIDAD**

# I

## ESCUCHAR PARA PERCIBIR

Nadie oye los divinos llamamientos desde el fondo del alma si no sabe hacer silencio en el fondo de su alma. He aquí lo más necesario: recogerse. ¡Ay! He aquí también lo más difícil.

\* \* \*

¿Por qué le es necesario el recogimiento al alma que quiere oír los llamamientos divinos?

### 1.º POR LA DISCRECIÓN DE DIOS

Dios obra siempre de la misma manera: Le gusta ocultarse. Sólo los que están atentos le descubren.

A veces se extraña uno de que tantas personas lleguen a dudar de la existencia de Dios. ¿Acaso la Creación no prueba que hay un Creador? Sí, ciertamente; pero, si la razón afirma que hay Dios, la experiencia no lo percibe. El soberano Señor se oculta tras las causas segundas. El, que es la causa total, no quiere ser la causa única. Desde su lejano cuartel general lo dirige todo; pero los hombres, en contacto sensible sólo con los intermediarios, olvidan al jefe supremo de quien todo depende. Toda causa segunda sería de una indigencia absoluta si Dios no le diese el poder de producción; mas como esta causa aparece en primer plano, el hombre no ve más que a ella. Es preciso reflexionar para descubrir a Dios.

Dios pone en todo esta sublime discreción. Se pasea por su obra en todo tiempo y lugar; pero procede como en el Paraíso terrenal: su marcha es silenciosa, y precisa estar atento para percibir su paso, que apenas hace crujir la arena, allí, muy cerca, detrás del bosquecillo.

Si tal discreción divina es palpable en el orden natural ¡cuánto más patente es todavía en el orden sobrenatural!

El Verbo decide venir a la Tierra a encarnarse. ¿Creeréis que lo hará imponiéndose por el brillo, la pompa y proclamando en cierto modo: «¡Atención! ¡Entended bien que soy yo!»? De ninguna manera. Una virgencita de quince o dieciséis años, en un insignificante pueblecillo de un pequeño país. Se llama María; nadie la conoce, salvo algunas amigas de su pueblo, Nazaret. Estando un día en oración, escucha que se le propone llegar a ser Madre de Dios. Dos palabras de aceptación: *Ecce... Fiat!*—En este mismo instante el Verbo se hace carne.

Durante nueve meses permanece oculto en el seno de su madre como todo hijo de hombre... Va a nacer. Discretamente, sin publicidad alguna.

Hay que partir, para empadronarse. Ya sabéis lo demás: el portal en pleno campo, el pesebre de medianoche. Escuchad: «Mientras, bajo un cielo puro y en el silencio de la tierra, la noche estaba en mitad de su carrera, en secreto, lejos del tumulto de los hombres, el Verbo Eterno del Padre toma la naturaleza humana y aparece a los mortales, mientras en los cielos resonaba el himno: Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Observemos las expresiones: «En el silencio de la tierra, la noche, el secreto, lejos del tumulto». He aquí a Dios.

Y Dios procede de igual modo a lo largo de toda la historia evangélica: treinta años de vida oculta; cuando habla, no es para anunciarse a Sí mismo, sino para anunciar al Padre; para sembrar sus enseñanzas escoge, preferentemente, los humildes pueblecitos del borde de los caminos; si va a dar enseñanzas de mayor profundidad, limita voluntariamente el auditorio: Nicodemo y la mujer del pozo de Jacob, el discurso antes y después de la Cena. Cuando por una vez muestra algo de su gloria, no tiene más que tres testigos. Si sus milagros pueden granjearle demasiado el favor de las multitudes, desaparece, como después de la multiplicación de los panes, o recomienda al agraciado el silencio. Recurre a su poder de taumaturgo sólo para acreditar su palabra. Los apóstoles harán obras de más brillo que las suyas.

¡Nada más silencioso y discreto a la vez que la transustanciación y la presencia eucarística! Se pronuncian algunas palabras y la substancia del pan ya no existe. ¡Jesús está ahí sobre el altar, y en la obscuridad del tabernáculo permanecerá día tras día sin tratar de atraer ruidosamente la atención! Si le van a visitar, bien. ¿No va nadie? No reclama. Todo pasa como si El no estuviese allí. ¿Se habría notado cambio alguno en el barrio

si el Salvador del mundo no se encontrase allá abajo en la iglesita al extremo de la calle?

Llevan un niño a la iglesia. Lo van a bautizar. ¿Qué significa esto? Que la Santísima Trinidad va a entrar en esa almita. Oídllo bien: la Santísima Trinidad, Dios, el Ser Supremo, y sin embargo, ¿quién piensa en la importancia del acto?

Cuando un rey, un emperador, un jefe de Estado va a una ciudad ¡cuánto preparativo! ¡cuántos gallardetes! ¡cuánta gente en movimiento! Aquí, nada.

¡Cuánta discreción, por parte del Salvador, en el gobierno de la Iglesia! En el Evangelio, el gran personaje es el Padre. Una vez acabada la Redención, el gran personaje es el Espíritu Santo, ya lo hemos dicho: *Spiritus docebit vos*. Nuestro Señor, como Maestro, fracasa con los Apóstoles. Después de tres años de contacto, huyen todos en el momento de la Agonía, uno le traiciona, otro reniega de El. Será necesario que descienda el Espíritu Santo. Sólo entonces los miedosos del Huerto de los Olivos serán valientes y sabrán afrontar el martirio. ¡Cuánta sed tiene Jesús de hacerse pequeño, de evitar aparecer! Durante su vida, se eclipsa ante el Padre; después de su muerte, lo hará delante del Espíritu Santo.

Hay más. La Iglesia que estableció en la tierra y a la que confió las llaves del reino de Dios, no la gobernará sino a través de persona interpuesta; no aparecerá más que su Vicario. El estará allí, evidentemente, por su Espíritu Santo, garantizando a la Iglesia de todo error, dando a los jefes escogidos luz y fuerza. Pero aquí también ¡cuántas gentes pasarán al lado de la Iglesia de Jesucristo sin reconocer a Jesucristo! sin duda por culpa de la insignificancia o de la indignidad de gran número de sus miembros, pero también porque la buena simiente no siempre germina con éxito en medio de la cizaña, y el Señor estima más que los brillantes triunfos de una divinidad de la Iglesia que se imponga a todos, los humildes esfuerzos de una Iglesia divina, cuya divinidad aparece sólo a los que reflexionan más, o a los que son más puros.

Si ésta es la manera habitual de Dios, ¿no habrá que tenerla en cuenta cuando se trata de una obra que se realiza en las profundidades del alma, es decir, de las invitaciones de la gracia?

Jesús resucitado entró en el Cenáculo sin que ruido alguno manifestase su llegada. Con mayor razón, cuando el Espíritu Santo viene a solicitarnos, no le precede un heraldo de armas ni sonoras trompetas que anuncien su llegada. ¿Está el alma en estado de gracia? Dios se encuentra

ya en el corazón de la plaza. Allí convida incesantemente a la fidelidad. Pero no esperéis estrépito. *Gemitus*, dirá San Pablo, una humilde y silenciosa modulación lo más queda posible. La especialidad del hombre: el ruido. La especialidad de Dios: el silencio.

¡Ah! Razón le sobra al autor <sup>(20)</sup> que describe así la acción de Dios en nuestros corazones: «De la misma manera que el agua impregna la esponja dulcemente y sin ruido, el Divino Espíritu penetra sin violencia en el alma dispuesta a recibirle. No se impone; se propone. Las visitas forzadas repugnan a su infinita delicadeza. Su voz es dulce, amiga del recogimiento y de la paz. Para escucharla, es preciso que se haga el silencio en el interior».

## 2.º A CAUSA DE LA SANTA ALTIVEZ DE DIOS

Dios es discreto; pero no lo es ni por timidez ni por impotencia. Podría imponerse; si no lo hace, es por delicadeza y para dejar a nuestra iniciativa más campo de acción.

Mas no puede imaginarse que el Señor no sea un gran señor; no puede ser que no tenga muy vivo el sentimiento de su suprema dignidad. Supongamos que donde quiere entrar u obrar no hay más que locas preocupaciones, estrépito de carracas, agitaciones, torbellinos, potros salvajes, frenesí de velocidad, desplazamientos incesantes, busca inconsiderada de naderías que se agitan; ¡para qué va a pedir audiencia!

Dios no se comunica en el ruido. Cuando descubre el interior de un alma obstruido por mil cosas, no tiene ninguna prisa en entregarse, en ir a alojarse en medio de esas mil nimiedades. Tiene su amor propio. No le gusta ponerse a la par con las baratijas. A veces, no obstante, lo toma a su cargo y a pesar de la inatención, impone la atención. No se le quería recibir; ha entrado y habla. Pero en general no procede así. Evita una presencia que bien claro está no se buscaba. Si el alma está en gracia, es evidente que El reside en ella, pero no se le manifiesta; ya que el alma no se digna advertirlo, El permanece inadvertido; puesto que hay substitutivos que se Le prefieren, el Bien supremo evita hacerse preferir a pesar de todo. Cuanto más el alma se derrama en las cosas, tanto menos insiste El.

Si, por el contrario, observa que alguno se desembaraza de esas naderías y busca el silencio, Dios se le acerca. Esto le entusiasma. Puede

---

<sup>20</sup> El P. Augusto DRIVE, cuarto Director General del *Apostolado de la Oración*, en su excelente opúsculo *Wes Dieu sous la conduite de Marie*.

manifestarse, pues sabe que el alma le oirá. No siempre se manifestará, ni será lo más común mostrarse de una manera patente; pero el alma, a buen seguro se sentirá obscuramente invitada a subir.

En su segundo sermón sobre Pentecostés, Taulero, tras haber recordado que el Cenáculo simboliza, en primer lugar, la Santa Iglesia, nota que es símbolo asimismo del bautizado fiel, en quien habita el Espíritu Santo. Pero observa cuán diferente es, de un alma a otra, la acción divina según el calor de la acogida aquí y allí manifestada.

«No todos los hombres sienten de igual manera esta visita y esta acción interiores. Aunque el Espíritu Santo reside en todas las personas buenas, el que quiere darse cuenta de su obra, sentir y gozar su presencia, debe recogerse dentro de sí, encerrarse al abrigo de todas las cosas exteriores, para dar lugar a la operación del Espíritu Santo, en calma y silencio. Entonces el hombre comenzará a darse cuenta del Espíritu Santo que se le manifestará. Cuanto más por entero se dé el hombre a su impulso de recogimiento, tanto más se dará cuenta de esta manifestación interior y siempre creciente del Espíritu Santo que, sin embargo, le había sido dada completamente desde el principio» (21).

Las ocupaciones necesarias o verdaderamente útiles de nuestro estado no nos desvían de Dios. El Espíritu Santo no puede reprendernos por haber cumplido su voluntad. Tranquilicémonos, pues, si, a pesar de nuestro deseo, el trabajo que se nos pide absorbe toda nuestra atención y no nos da ocasión de pensar en las cosas sobrenaturales.

Lo peligroso para el alma es buscar deliberadamente la distracción inútil. Si fuera de nuestros deberes de estado (ampliamente entendidos, desde luego) nos derramamos indebidamente, entonces arriesgamos nuestra unión con Dios (22).

### 3.º A CAUSA DE LA INSTANTANEIDAD DE DIOS.

Otra razón —entre muchas— por la cual el alma que aspira a la fidelidad ha de vivir recogida, es que el Espíritu sopla no sólo *donde* quiere, sino *cuando* quiere. La característica propia de los llamamientos interiores, observa San Ignacio en las *Reglas de discernimiento de*

---

<sup>21</sup> TAULERO, segundo sermón para Pentecostés, en *Sermons*, ed. Vie Spir., II, págs. 37-38.

<sup>22</sup> Sobre este punto, por cierto de la mayor importancia, insistiremos más adelante, en el capítulo titulado: *Fidelidad y Santidad*.



*espíritus*, es manifestarse al alma sin previo aviso, y como sin apenas dejarse oír.

En cualquier momento puede venirnos una invitación. En todo momento, por consiguiente, es necesario estar atento —no ciertamente, diremos, con atención ansiosa, sino inteligente, en armonía perfecta con la sabia actividad de un alma entregada por completo a su deber.

Por desgracia «la mayoría de las gentes viven en la ventana», como decía Froissard; preocupados únicamente por la batahola, por el ir y venir de la calle, no dirigen ni una sola mirada a Aquel que, en silencio, espera, en el interior de la habitación, con mucha frecuencia en vano, para poder entablar conversación.

La *Imitación* pregunta: ¿Dónde estás cuando no estás presente en lo íntimo de tu alma?

¿Presente?

Newman, en su hermoso sermón «*La espera de Cristo*», demuestra que sólo aprovechan del paso de Dios los que se ponen en estado de captar la gracia cuando haga irrupción. Desgraciados los que nada esperan. Bienaventurados los que en el silencio y la paz desean la Pascua divina, el Paso del Señor. *Phase, id est transitus Domini!* Bienaventurados los que, como los Magos, viven con la mirada dirigida hacia la noche, donde de repente surgirá el punto de luz que nos conduce a Dios. ¿Y qué? Los cazadores se encerrarían largo tiempo en cabañas de paja, para sorprender las bandadas de aves migratorias, de pesado vuelo, y nosotros ¿no prestaremos atención alguna al Espíritu Santo, cuyo vuelo de paloma silenciosa traería a nuestras vidas noticias de la Casa del Padre?

«Yo vivo con los ojos fijos en El, escribía María Antonieta de Geuser<sup>(23)</sup>, al hablar de Dios, a fin de espiar sus menores deseos y realizarlos inmediatamente». ¡Cuán lejos estamos, quizás, de tal actitud!

Y, sin embargo, Santa Margarita-María confiesa que recibió muchas luces divinas en el refectorio, durante la lectura. El Espíritu sopla donde quiere y cuando quiere.

Estar dispuesto. Estar dispuesto para el momento preciso en que venga, para el minuto preciso en que dirá su secreto al alma atenta.

\* \* \*

---

<sup>23</sup> Véase su *Vida*. Apostolado de la Oración. Toulouse.

Aunque, para darse a conocer, Dios no actuase de este modo, ésta sería siempre una condición indispensable por nuestra parte. Una comparación aclarará todo.

Cerca del sanatorio de Passy, en los Alpes, hay un pequeño lago rodeado de pinos, en cuyas aguas, cuando el cielo está sin nubes, se refleja el Mont-Blanc. Un día en que, llevado por mi ministerio, cruzaba aquellos parajes para visitar algunos enfermos, me dijeron: «Vaya usted a ver el Lago Verde. Luce un sol espléndido y vale la pena contemplar ese espectáculo». Me dirigí, pues, al lugar indicado. El viento había despejado la cima cubierta de nieve. Esperaba contemplar una maravilla. Mas ¡ay! Una leve y solapada brisa que se deslizaba a través de los pinos, mantenía constantemente rizada la superficie del agua. Ni por un momento permaneció inmóvil el terso espejo que me habían prometido. Y no fue una tempestad lo que me impidió verlo; fue una brisa, en apariencia insignificante.

Lo mismo sucede con las almas. Dios querría reflejarse en el alma, pero entregada ésta a una constante agitación, impide el juego divino. Agitación pequeña, si queréis, pero suficiente para comprometer todo.

¿Cómo alcanzar, en la práctica, el recogimiento?

En primer lugar, hay que destinar un lugar fijo para un tiempo determinado de oración: no se llega a la oración espontánea, habitual, de todas las horas, más que ejercitándose en la oración determinada, prescrita, en tiempo y hora prefijados. Toca a cada uno consultar su gracia particular, las circunstancias en que le ponen sus obligaciones y los avisos de su director espiritual <sup>(24)</sup>.

Una vez determinados los ejercicios de oración, falta entrenarse en el recogimiento habitual, en un cierto silencio exterior, de acción o de palabra, y, sobre todo, en el silencio interior.

Algunos sencillos principios resumen todo.

— No hablar más que cuando la palabra sea mejor que el silencio.

---

<sup>24</sup> Cuán certeras son las reflexiones de Lavelie en *La Conscience de soi* (Grasset, pág. 63): «¡Qué cosa tan admirable es la meditación! Sin emplear medio alguno material, con sólo acallar... las llamadas del exterior... las preocupaciones individuales que nos retienen y nos desvían, con sólo disponer la Atención que se presta a la luz interior y escucha las voces que nacen dentro, veremos elevarse un espectáculo milagroso: las ideas adormecidas despiertan, se alzan, se reúnen a coros, desaparecen y reaparecen...»

— Evitar la fiebre, el apresuramiento natural. Lo más rápido, cuando se tiene prisa, es no apresurarse. Como decía un gran cirujano, cuando iba a practicar una operación urgente: «Señores, vayamos despacio; no podemos perder un momento». ¿Quién no recuerda los reproches que se dirigía en todos los retiros Mons. Dupanloup «Tengo una actividad terrible... Me tomaré siempre más tiempo que el necesario para hacer algo». Al declinar de su vida: «No he perdido bastante el tiempo, he hecho demasiadas cosas, demasiadas cosas pequeñas a costa de las grandes». Y siempre repetía lo mismo: «Por nada dejemos la vida interior». «Siempre la vida interior ante todo». ¿No soñó durante algún tiempo en retirarse a la Gran Cartuja? <sup>(25)</sup>

Recordar el proverbio: «En boca cerrada no entran moscas», y la frase de Lacordaire: «El silencio es, después de la palabra, la segunda potencia del mundo». Frase que libremente se puede corregir, diciendo *antes* y la *primera*,

Pensar alguna vez en los grandes «activos», en los hombres de vida más llena, como un Lyautey, un Foch, un Gandhi, y ver la parte de silencio que hay en esas vidas. Pensar, sobre todo, en el ejemplo dado por Cristo: cuarenta días de desierto precedidos de treinta años de silencio. A este precio se salva el mundo. Recogerse, y solamente después de recogerse, darse. La «soledad» es quien nos juzga. No seamos jamás «el vagabundo que no está nunca en casa». Y recordemos siempre que «el valor de uno se mide por la potencia de aislamiento que hay en él».

Crear en el Mundo invisible y evitar cuanto podamos el manifestarnos: «Estoy seguro —dice un escritor moderno <sup>(26)</sup>— de que si otros se internaran en el silencio y en la soledad como yo, Dios, que es un Dios escondido, no tardaría mucho en darles de beber de las fuentes que ellos llevan sin conocerlas». Y añade: «No trato de combatir las tendencias

---

<sup>25</sup> *Diario íntimo*, publicado por BRANCHEREAU, 1902, Téquí, págs. 43, 252, 261, 316. Es también muy interesante seguir el consejo que Santa Teresita del Niño Jesús daba a las novicias, al comentar la frase de la *Imitación*: «Dejad agitarse a los que se agitan. En cuanto a vosotras, permaneced en paz». He aquí las recomendaciones que hacía a una novicia: «Se entrega usted con exceso a lo que hace, se atormenta demasiado con sus oficios, como si usted sola tuviese la responsabilidad. ¿Se ocupa usted en este momento de lo que pasa en los otros Carmelos, de si las religiosas están muy ocupadas o no? ¿Los trabajos de ellas le impiden orar, hacer oración? Pues bien, usted exclúyase igualmente de su trabajo personal, y emplee en él a conciencia el tiempo prescrito, pero con desprendimiento de corazón». *Vida*, por el P. PETITOT, pág. 316.

<sup>26</sup> René SCHWOB, *Moi, Juif*, pág. 247-248.

naturales en provecho de una ilusión espiritual, sino de decantarme para llegar a mi profunda esencia, a la posesión de esa verdad que no puede parecer una ilusión más que a los ojos mal adiestrados... Seáis bendito, Dios mío, por el gusto cada vez mayor que me habéis dado de vuestro Poder invisible».

Hay evidentemente *dos grados en el recogimiento*: «uno, más intenso, más oficial, en el tiempo en que la primera y preponderante ocupación es Dios mismo o las cosas divinas (oración en todas sus formas)...

»El otro, ordinario, en el tiempo en que otras ocupaciones embargan el campo superficial y consciente de nuestra alma. Entonces el recogimiento es: 1.º un contacto profundo con Dios, que consiste sobre todo en tener la voluntad dispuesta a obedecerle sin reservas... 2.º algunas chispas más próximas o brillantes de este fuego interior».

Así se expresaba, en sus conferencias privadas en Neuilly, el R. P. Leoncio de Grandmaison <sup>(27)</sup>. Y añadía:

«Esto es compatible con la aridez, aunque muy facilitado y *hecho visible* en los momentos de consolación, de *presencia sentida* y de exigencia consciente del Maestro divino».

Esta última reflexión se aclara y se corrobora si se la confronta con la opinión de otros directores de almas.

Veamos el pensamiento de uno de los primeros discípulos del P. Lacordaire sobre «la posibilidad de conservar una unión íntima con Dios y una atención habitual a su santa presencia, en medio de las relaciones a que estamos obligados con el prójimo.

»Aunque esto no sea igualmente fácil para todos, sin embargo es cierto que el alma que seriamente quiera darse del todo a la piedad, debe tender a ello y hacer cuanto está en su mano para lograr una unión con Dios, tan continua como es dable a nuestra naturaleza humana.

»Si por presencia de Dios entendemos el estado que persigue hacérselo presente por una aplicación de la imaginación, confieso que la cosa es casi imposible. Ni siquiera aconsejaría ejercitarse en semejante presencia. Sería fatigarse mucho y, más que ganar, se perdería.

»La presencia habitual de Dios que hemos de procurar alcanzar es la que resulta de una dulce y tranquila atención del corazón que se dirige

---

<sup>27</sup> Conferencias dadas a la Asociación de San Francisco Javier, en Neuilly, t. I, Beauchesne, pág. 32. Para más detalles, véase *Modo de orar siempre*, del P. Plus.

continuamente hacia el objeto que debe amar soberanamente. Esta presencia se hace tanto más fácil y perfecta cuanto el amor que se tiene hacia El es mayor y más puro, puesto que es, ante todo, un efecto de la caridad.

»Este es el mejor modo de mantenerse en la presencia de Dios, Lejos de servirnos de estorbo y obstáculo en las ocupaciones a que nos entregamos para su servicio, hace que les prestemos mayor atención, que las cumplamos mejor, aplicándonos amorosamente a ellas y procurando complacerle en todo lo que hacemos» (28).

Escuchemos otra voz:

Cuando al maestro de vida espiritual P. Ginhac (29), siendo instructor de los jóvenes sacerdotes jesuitas de «tercer año de probación», le preguntaron: «¿es posible no abandonar el pensamiento de Dios mientras se entrega uno a la acción?»

Respondió: «Sí, se puede. En primer lugar, implícitamente, teniendo intención de referir a Dios todas las acciones; pero también explícitamente por medio del amor, y esto de dos maneras: la primera, menos perfecta, cuando el amor lleva frecuentemente al pensamiento del objeto amado; la segunda, verdaderamente perfecta, cuando el amor, que ha alcanzado un grado más intenso, fija en el alma, de una manera continua, el recuerdo y el pensamiento de Aquel a quien se ama, de suerte que, sin perderlo de vista, se pone en lo que se hace por El y bajo su mirada divina, la atención necesaria para desempeñar dignamente el trabajo. Amad, pues, y el problema está resuelto».

Para la primera forma de unión implícita de la intención con Dios, basta con la gracia de Dios llamada ordinaria. Para la segunda, y bajo su doble forma, pero evidentemente, sobre todo, bajo la última, no basta la gracia común. Amar así no es posible, sino cuando el Amor nos ayuda a amar así.

Si no lo hemos alcanzado, quizás sea porque no hemos rogado bastante al Amor que nos enseñe a amar.

---

<sup>28</sup> *Cartas del R. P. Jacinto Besson, O. P.* publicadas por E. CARTIER, Poussielguc, 1870, carta CLXVII, págs. 431, 432.

<sup>29</sup> *Vida*, por el P. CALVET, pág. 174.

## II

### CLARIVIDENCIA PARA DISCERNIR

El Cardenal Mercier recomendaba el rezo frecuente de esta oración: «¡Oh Espíritu Santo, alma de mi alma, yo os adoro; iluminadme, decidme lo que debo hacer; dadme vuestras órdenes; os prometo someterme a todo lo que deseáis de mí y aceptar cuanto permitáis me suceda; hacedme sólo conocer Vuestra Voluntad!»

Para algunos, la dificultad no está en conocer las voluntades de Dios, sino en cumplirlas. Este es el problema de la generosidad. Volveremos a ocuparnos de él.

Para otros, hay un problema previo, que es precisamente: «¿Cómo conocer lo que me pide el Espíritu Santo?»

Tres maneras tiene Dios de traducirnos su voluntad: los mandamientos, las exigencias de las obligaciones de nuestro estado, las inspiraciones interiores.

En los dos primeros casos, generalmente no hay dificultad, o la hay muy poca en discernir el querer divino: existencia de una regla objetiva, texto de una consigna precisa, evidencia de una exigencia neta.

Mucho más fácil resulta equivocarse cuando se trata del tercer caso, o sea, de las inspiraciones. De este caso vamos a hablar.

\* \* \*

En primer lugar la ilusión puede venir de falta de suficiente equilibrio. Muchos tienen más generosidad que clarividencia.

Durante el martirio de los Negros de Uganda, cierta mujer, criada de la misión, como oyese que dar la vida en defensa de la fe es un medio para alcanzar el cielo, abandonó la casa de las Hermanas, y se dirigió hacia el lugar del suplicio. La encontró la superiora y le costó gran trabajo impedir que se arrojara en las fauces del lobo. Generosidad, ciertamente; generosidad mal entendida, por olvido de la virtud de la prudencia.

En otros, no será falta de prudencia, sino intrusión de cierta vanidad siempre posible, sobre todo si se trata de inspiraciones que sobrepasen lo ordinario.

Santa Margarita de Cortona se hace arrastrar con una cuerda al cuello por las calles de Montepulciano por una mujer encargada de injuriarla. Fray Giunta Bevegnati, al enterarse, se lo prohíbe, entre otros motivos, porque «el desprecio de sí mismo sirve con bastante frecuencia de escabel para el orgullo»<sup>(30)</sup>.

Y aun cuando se consulte a la prudencia y se evite la vanidad, se puede errar también, no, tal vez, sobre la realidad del llamamiento, sino sobre su calidad, sobre su alcance exacto.

Muy sabiamente observa Suárez: «Con frecuencia, el Espíritu Santo sugiere el deseo de una cosa cuya realización, sin embargo, no quiere; pide a David que le edifique un templo, a Abraham que inmole a su hijo. Persigue la sumisión interior del alma; pero no reclama la ejecución externa»<sup>(31)</sup>.

Un rasgo de la vida del santo Cura de Ars aclara esta doctrina. Un sacerdote se dirige al abate Vianney: «Me siento llamado a los cartujos. — ¡Ah! perfectamente, conserve usted esa buena inspiración. — Entonces ¿debo seguirla? — No. Continúe usted en el clero parroquial». La invitación divina no significaba que abandonase la parroquia, sino que, en su puesto de párroco, llevase la vida contemplativa de los cartujos.

Al lado de casos difíciles, se encuentran otros muy sencillos, pero que el demonio se ingenia a veces en embrollar a su gusto.

Con el pretexto de un bien mejor, sugiere toda clase de fantasías. Algunos minutos de reflexión tranquila aniquilarían el espejismo. Pero no:

---

<sup>30</sup> Francisco de Asís había precedido a Margarita en esta inspiración. Durante una enfermedad aceptó un poco de pollo (seguimos a su historiador Celano), y ya restablecido, antes de entrar en Asís, ordenó a su Hermano que le pasase una cuerda por el cuello y gritase: «Venid y contemplad a este glotón, que, sin saberlo vosotros, se engorda con carne de pollo». Y que todos dijeran: «¡Desgraciados de nosotros que pasamos la vida en la lujuria y embriaguez!»

Dom Claudio Martín, hijo de la después célebre Ursulina del Canadá, la Bienaventurada María de la Encarnación, ordenó a sus monjes que le pisotearan y le reprocharan sus defectos con las más mordaces palabras. (BREMONT, *Hist. Lit. du Sent, rel.*, t. VI, pág. 203).

Pase para un Francisco de Asís o un Claudio Martín. Seguir inspiraciones de esta naturaleza sería para la mayoría intemperancia más peligrosa que útil.

<sup>31</sup> SUAREZ, *De relig.*, t. VII, c. VIH, pág. 4.

la imaginación construye sus castillos, y uno se figura que procediendo de tal o cual manera, se realizarían maravillas. Es de toda evidencia, para quien tenga un poco de sensatez, que se trata de una ilusión. El príncipe de las tinieblas se ha transformado en ángel de luz.

A veces vocaciones bien serias se malogran porque, en una turbia sugestión del demonio, se ha creído ver una inspiración divina,

El P. Barelle es jesuita; se siente llamado a mortificaciones que no lleva consigo la vocación en que se encuentra. Pide salir de su Orden. Una vez fuera, descubre que se ha abandonado a un sueño. ¿Inspiración, creía él? No. Ilusión.

En los primeros años del Colegio de Loreto, bajo el rectorado del P. Olivier Manare, un profesor de Humanidades, que por falta de tiempo no pudo preparar su curso, creyó oír cierto día cómo un ángel le reprochaba que se entregase al estudio de los autores profanos, cuando hubiese aprovechado tanto en el estudio, por ejemplo, de San Pablo. Cayendo en el lazo, el Padre descuidó la preparación de sus clases, para entregarse al estudio del Apóstol de las gentes. ¿Inspiración? No. Ilusión. Engañado también en otros puntos, el Padre abandonaba poco después su Instituto.

El P. Passaglia, profesor de Teología en Lovaina hacia 1848, a quien se debe el texto de la bula sobre la Inmaculada Concepción, se creía llamado, para entregarse más a sus trabajos, a sacrificar su oración, a pesar de la regla y de los consejos de sus superiores. ¿Inspiración? No. Ilusión. El pobre teólogo abandonó su Orden e incluso durante algún tiempo la sotana. Al final de su vida reconoció su error.

Supongamos en todos ellos una entera buena fe; ¿qué ha faltado? La clarividencia. ¿Cuál es el Instituto, aun entre los que mejor forman a sus miembros, en que alguna vez los superiores mayores no hayan tropezado con casos de ilusiones tan claros y dolorosos como éstos?

\* \* \*

¿Qué reglas han de adoptarse para distinguir si verdaderamente es Dios quien habla, o si es juego de la imaginación o del amor propio, o si Satanás se ha transformado en ángel de luz?

El Maestro interior puede, o bien iluminar una cosa nueva, ya porque no se ha conocido hasta entonces, ya porque se ha conocido mal o confusamente, o bien, sin traer un conocimiento nuevo, puede hacer más



exigente un atractivo ya sentido o presentar más sabrosa una verdad ya poseída.

Lo primero que hay que preguntarse es: Lo que se me pide (lo que yo imagino que se me pide) ¿está conforme con la prudencia, con el buen sentido, con mis obligaciones?

Tal novicio se cree invitado por Dios a levantarse durante la noche para escribir los hermosos pensamientos que se le ocurren. Habrá que decirle que no es de la madera de un Pascal, que el mundo no necesita sus sugerencias, que su deber, durante la noche, es dormir, para, por la mañana, estar en condiciones de no dormitar en la oración o en la conferencia del Maestro de Novicios. Desatiende las sabias advertencias y sacrifica su sueño. Y sucede lo que tenía que suceder. Desequilibrio mental y verse obligado a volver al mundo.

Ahora se trata de un profesor. Le acompaña el éxito, enseña con brío, es competente. Sus alumnos le estiman. Le viene la idea de que su virtud preferida debiera ser la humildad, y puesto que la humildad se aquilata en la humillación, se hará ridículo en clase, jugará a tartamudear, a mostrarse insuficiente. ¿Qué reclama el buen sentido, qué exige su deber? ¡Malhayan tales humillaciones! La consigna es permanecer a la altura debida, no por vanidad, sino por conciencia y por apostolado.

Otra manera de descubrir si en la inspiración, verdadera o pretendida, hay ilusión, es confrontarla con la doctrina de los maestros de la vida espiritual.

Si se está bien formado en las cosas divinas; si, además del buen sentido, que nada puede reemplazar, y del juicioso equilibrio, se tiene un conocimiento bastante advertido de lo que reclama, en cada circunstancia, una sabia espiritualidad; si, por lecturas piadosas hechas inteligentemente y continuadas progresivamente, se ha adquirido ese tacto y la facultad de discernimiento que hace reconocer el error bajo la máscara de la verdad, que permite descubrir la exageración bajo la apariencia de la generosidad, la falta de oportunidad con la excusa de audacia apostólica, se posee un rico tesoro. Por eso es importante recibir o darse una formación espiritual tomada de las mejores fuentes, de autores o maestros de doctrina sólida y segura.

El teólogo conocedor del dogma descubrirá a primera vista, si en el enunciado de una doctrina existe lazo o error. El catador de vinos, percibirá al momento y al menor sorbo, o simplemente por el olor, si el vino que se le presenta es aguapié, mezcla o de buena calidad. El hombre

de buen gusto percibirá inmediatamente en un libro, una representación o una audición, el detalle inoportuno y la nota discordante.

Así, en materias de Ascética o de Mística, hablando al menos de casos ordinarios, la persona bien formada distinguirá lo que no es de Dios, lo que será mejor no retener y proscribire la prudencia.

\* \* \*

Por último, he ahí el medio más seguro para descubrir si la inspiración viene verdaderamente de Dios o si hay en ella mezcla de turbios elementos procedentes de la imaginación o del demonio. Este medio es la sumisión al juicio de la obediencia.

Las almas de clara generosidad así como los maestros de la vida espiritual están de acuerdo sobre este particular.

El P. Surin pregunta qué peligros puede correr un alma que sigue lo que ella cree inspiración de Dios, y escribe:

«El testimonio que el Espíritu de Dios da a las almas puras está siempre conforme con la luz de la fe: las lleva a obedecer y hace una obligación de esta obediencia. Nunca es más abundante esta luz que cuando los que la reciben están bajo la dirección de los demás. Reconocen la necesidad de obedecer y hacen de ella sus delicias porque son humildes. El Espíritu Santo no les iluminaría, no los consolaría si no hubiesen abrazado con verdadera humildad el camino de la mortificación y de la abnegación» (32).

«Ve a fundar a Madrid», decía la voz misteriosa a Teresa de Avila. «No, a Sevilla», afirmaba el Padre Gracián, a quien la Santa había prometido obedecer. Marchó a Sevilla. Y observaba: «No puedo equivocarme obedeciendo a mis superiores, pero puedo equivocarme juzgando por mí misma de la verdad de mis revelaciones» (33).

En lo más elevado de sus éxtasis, Santa Margarita-María, insensible a los contactos y a las llamadas, se levanta inmediatamente en cuanto se pronuncia la palabra obediencia (34).

«Dios mío, escribe Lucía-Cristina el 29 de septiembre de 1883 (35), perdonad lo que va a decir vuestra pequeña criatura... Si sucediese que por

---

<sup>32</sup> *Questions sur l'Amour de Dieu*, cap. IV.

<sup>33</sup> «Más quiere Dios en ti el menor grado de obediencia y sujeción, que todos esos servicios que le pretendes hacer.» (Avisos y Sentencias, 256).

<sup>34</sup> *Vida*, por Mons. BOUGAUD, cap. VI, págs. 153-154.

sabiduría y por prudencia, al ver mi miseria y la extrema fragilidad de mi espíritu, se me ordenara que resistiese a vuestros favores, yo os resistiría inmediatamente, Dios mío, pues debo ser *obediente* en todas las cosas y hasta el límite supremo. Procuraría cerrar los ojos y los oídos de mi alma para no veros ni oírlos, reprimiría mi corazón para impedirle sentirlos».

María Antonieta de Geuser escribe que entre la inspiración interior y lo que le notificaba su «Jesucristo exterior», o dicho de otra manera, el director de su alma, no cabía duda: convenía sacrificar sin temor la inspiración del interior, si la obediencia no la sancionaba.

Aun tratándose de la persona más advertida del mundo, convendrá que en más de un caso, no se atenga a su propio juicio, sino refiera a la obediencia o por lo menos busque el consejo de otro.

«Aun cuando se reuniese en un solo hombre cuanto de espíritu y buen sentido se halla repartido entre todos los hombres, escribe el P. Luis Lallemand, no podría juzgar, en tal o cual ocasión, qué sea mejor para nosotros, ni lo que para nosotros está en el orden de la Providencia».

Frecuentemente se tiene necesidad de otro; mas hemos de poner en juego toda nuestra perspicacia antes de consultar, a fin de guardar el pleno dominio y la costumbre legítima de decidir por sí lo que uno puede arreglar por sí mismo. Pero hecho esto, y quedando a salvo la iniciativa, es prudente reclamar el juicio y consejo ajeno.

Acabamos de citar al P. Luis Lallemand. ¿No hay peligro —se pregunta éste— de caer en una especie de protestantismo, predicando así la dirección interior del Espíritu Santo?

De ninguna manera, responde. Porque no se trata, como pretende el calvinismo, de someter todo al espíritu interior. Sometido éste a la fe y a la autoridad de la Iglesia, debe tender sólo a perfeccionar el ejercicio de la fe y de las demás virtudes. No admitiendo más que la autoridad exterior, la religión dejaría de ser la religión «en espíritu y en verdad», se transformaría en puro formalismo. Si sólo se admite el espíritu interior, se viene a caer en una especie de calvinismo. El catolicismo huye de ambos excesos: admite la autoridad exterior y la luz interior. Y el propio Espíritu Santo se manifiesta bajo las dos formas unidas en una perfecta síntesis, por su acción visible y por sus invitaciones invisibles. Donde hubiese conflicto, debe dar el asentimiento la autoridad del magisterio.

---

<sup>35</sup> *Diario*, publicado por el P. POULAIN, 2.<sup>a</sup> ed. franc. 1912, pág. 168, Lucía-Cristina era una persona llamada a vivir en el mundo y regalada por Dios con luces preciosas.

El deber de fidelidad a las inspiraciones si va acompañado del deseo de recurrir siempre a la prudencia de otro, a la virtud de la obediencia, a la autoridad de la Iglesia, no presenta peligro de ninguna clase, y al mismo tiempo presta a las almas el más precioso estimulante.

Puede suceder que un superior, insuficientemente advertido, crea un deber oponerse a lo que pide la inspiración. En general, no habrá más que atenerse a su orden. Si la voz interior persiste y, por otra parte, una suficiente santidad de vida acredita la autenticidad del llamamiento, no está prohibido, después de haber orado y reflexionado, apelar a otro superior más ilustrado, a condición de decirle lo que ha respondido el primero y cuáles han sido las razones de su negativa.

El P. Duffner, autor del interesante libro «Para facilitar la dirección», alude al caso en que las reglas ordinarias de prudencia parecen olvidadas por almas cuya vida, por otra parte, manifiesta una dirección especial del Espíritu Santo. Aludimos al cuidado de la salud. Repitámoslo: es preciso que las exigencias particulares del Divino Espíritu sean debidamente controladas por el director. En esta hipótesis —y sólo en esta hipótesis— el director podrá permitir que la inspiración se siga, «aunque sus exigencias chocasen con las positivas indicaciones de la prudencia racional y aun sobrenatural ordinaria».

Pues para todos, en todas partes y siempre, añade el Padre, «la voluntad de Dios claramente conocida debe ser la regla suprema de todos nuestros actos, de toda nuestra vida. Descuidar esta voluntad ¿no sería atentar a los derechos de Dios sobre sus criaturas y al propio tiempo muy perjudicial para las almas, puesto que, en ciertos casos, se les impediría practicar el heroísmo, estado superior de virtud al que por vocación pueden estar destinadas?»

En apoyo de su afirmación, el autor aduce el testimonio de la autoridad del P. C. de Smet, antiguo presidente de los Bolandistas de Bruselas y autor del precioso libro *Nuestra vida sobrenatural* <sup>(36)</sup>: «Las inspiraciones divinas pueden no estar de acuerdo con las reglas ordinarias de la prudencia, aun de la prudencia sobrenatural, y en los planes de Dios, frecuentemente puede derivarse un gran bien de lo que la prudencia ordinaria debe mirar como un mal. Es lo que los buenos teólogos observan a propósito del sacrificio de Abraham, de la muerte de Sansón, del martirio de Santa Apolonia».

---

<sup>36</sup> T. II, pág. 11 de la ed. franc.

En casos parecidos sólo serán jueces pertinentes los que saben dirigir almas.

Aquí no hablamos para los directores —ya conocen ellos la extensión y la gravedad de sus deberes y qué clase de permisos pueden conceder—; hablamos para los fieles.

Para éstos, repitamos que toda su conducta se resume en estos aforismos:

Temer todo lo extraño.

Estimar el control.

Descartar todo cuanto nos pone al margen de la prudencia o de las obligaciones de nuestro estado.

### III

## GENEROSIDAD PARA OBEDECER

Supongamos que el alma vive ya recogida; está así dispuesta para oír a Dios, que incesantemente nos invita —*gratia Dei urget nos*. Por otra parte, hábil en discernir lo que verdaderamente procede de Dios, no se equivoca sobre la clase o extensión de los llamamientos divinos.

¿Qué podremos desearle además? — La energía suficiente para practicar lo que Dios reclama.

«Cada momento nos llega cargado de una orden de Dios y se hunde en la eternidad para permanecer eternamente lo que de él hayamos hecho», dice San Francisco de Sales.

Supongamos, por hipótesis, que se está decidido a dar todo.

La naturaleza, disconforme con esto, pondrá en nuestro camino un triple obstáculo:

- la tentación de la dilación,
- los hurtos secretos de la voluntad,
- la manía de volver a empezar.

\* \* \*

La tentación de la dilación. De muchas maneras se puede hacer esperar a Dios.

La más grosera equivale a una negativa neta: «Acabo de casarme, no puedo ir» (en este momento) (Lc 14, 20).

No menos real en el fondo, pero más elegante en la forma, pide cortésmente una excusa: *Habe me excusatum*, «Te ruego que me excuses» (Lc 14, 18-19), cuyo sentido puede ser doble. Podrá significar: «Excúsame el sacrificio que me pides, ya te haré otro». Como observa un humorista, Dios quiere la cabeza de Goliat, y le ofrecéis la de un carnero o la de una liebre.

O podrá sobrentenderse: «Excúsame por hoy: mañana vendré». Esta es propiamente la tentación de dilación, que aparece, tal vez, con más frecuencia.

Porque Dios pone generalmente en sus peticiones una infinita discreción, en la que consiste la suavidad de sus caminos, llegamos a olvidar cuán odioso es hacer esperar a la Majestad soberana. ¡Bueno hubiera estado, ante Luis XIV o ante Napoleón, no responder inmediatamente al recibir una orden del Monarca! ¿Nos permitiremos ser negligentes porque es Dios quien manda? Precisamente porque El es tan delicado al solicitar nuestra fidelidad, una gran delicadeza por nuestra parte debiera hacernos volar a servirle: «¡Ahora mismo, Señor! ¡No quiero desconocerlos ni un instante! Quiero responder al momento a vuestra voz».

Así hacen los santos. Aparece el ángel a José: «¡Toma al Niño y parte!» En plena noche. Nada está preparado. Egipto está lejos. No conocen el camino... ¡No importa! Es Dios quien ordena, por medio de su enviado, abandonar la casa. Ni un momento de dilación. En pie: reunir lo necesario y partir.

Jesús llama a Pedro, a Andrés, a los otros diez... «*Statim*, ¡en seguida!», observa el Evangelio; dejan barca, redes y familia y siguen al Maestro.

«Marcha, hija de Dios, marcha», dicen las voces divinas a Juana de Arco. Justamente el tiempo necesario para descubrir claramente a donde hay que ir, es decir «ante el rey», y Juana parte. Pero ¿por qué esa prisa?, observa Baudricourt. ¿Cuándo pensáis partir? — «Mejor hoy que mañana y mejor mañana que pasado».

En tiempo de Richelieu, Luisa-Angélica de la Fayette, dama de honor de Ana de Austria, quiere entrar en la Visitación. El rey Luis XIII rehúsa la autorización y pide al P. Caussin que le haga demorar la partida. Luisa-Angélica responde: «El Espíritu de Dios me urge... El que no está dispuesto hoy, lo estará menos mañana. Muchos han perdido una buena inspiración por haberla diferido un día» (<sup>37</sup>).

---

<sup>37</sup> *Vie*, por el Abate SORIN, Haton, pág. 71, Es completamente distinto el caso de quien, por razones providenciales, está obligado a acceder. San Francisco de Sales escribe a Santa Juana de Chantal, impaciente por no poder renunciar inmediatamente al siglo: «Mientras Dios quiera que estéis en el mundo por su amor, continuad en él con gusto y *alegremente*... Permaneced en paz; haced bien aquello para lo que estáis en el mundo, hacedlo de buena gana y creed que Dios estará más contento de vos por ello que si salieseis cien veces por vuestra propia voluntad y amor».

Y nosotros que con tanto retraso respondemos a la gracia divina, parecemos las mareas del golfo de Vannes. La ola sólo puede penetrar en el golfo por un estrecho canal; a las dos horas de pleamar en la costa se llena el golfo, antes no.

Estrechez del canal. Estrechez también en la entrada a nuestra alma. Dios querría invadir, inundar plenamente y en seguida; pero se obstruye la entrada de su gracia y no puede deslizarse más que un delgado hilo y lentamente. ¡Cuánto tiempo perdido! Mientras, allá abajo, las olas se retiran, porque no damos a Dios el derecho completo a la entera posesión.

La comparación, ligeramente modificada, entusiasmó a San Francisco de Sales: «Oh Dios, Teótimo, escribe, si recibiésemos las celestiales inspiraciones en toda la extensión de su virtud, ¡en cuán breve tiempo alcanzaríamos grandes progresos en la santidad! (Mas) por abundante que sea la fuente, sus aguas no entrarán en un jardín con relación a su afluencia, sino según sea la estrechez o amplitud del canal que las conduzca. Aunque el Espíritu Santo, fuente de aguas vivas, circunde nuestro corazón para derramar en él sus gracias, sin embargo, como no quiere que estas gracias entren en nosotros sin el libre consentimiento de nuestra voluntad, no las derramará... más que en la medida... de nuestra cooperación»<sup>(38)</sup>.

Así muchas almas llegan al fin de su vida sin haber consentido que nunca o casi nunca se instalare en ellas plenamente la gracia. Siempre midieron la entrada, siempre hicieron esperar al oleaje. Entonces será ya demasiado tarde; ya no habrá lugar para el «en seguida», para la dilación. Ha terminado el tiempo y se entra en la eternidad.

Pensemos algunas veces en los lamentos de última hora por haber hecho aguardar demasiado a Aquel que tanto nos hubiera querido elevar.

Del pintor Corot se cuenta esta admirable anécdota: Uno de sus alumnos le enseñaba una obra recién acabada. El maestro señaló algunos defectos y le indicó lo que había de retocar. «Bien, respondió el alumno. Mañana lo corregiré». «¿Cómo mañana? ¿Y si murieras esta noche?» La idea de morir dejando imperfecta una obra por una impertinente dilación, le repugnaba.

---

<sup>38</sup> Dice también: «A medida que nuestro corazón se dilata y no rehúsa el vacío de su consentimiento a la misericordia divina, ésta vierte siempre y sin cesar derrama en él sus sagradas inspiraciones que van en aumento... Pero, cuando ese vacío no se produce, y no damos más consentimiento, se detiene». (Véase La COUTURIE, *Ce que dirait saint Fr. de Sales aux J. F. d'aujourd'hui*. B. P., pág. 22).



Después de la tentación de dilación, los hurtos de la voluntad.

Hace un momento vimos cómo se formulaban pretextos: Que algo importante esperaba, por lo menos, que algo aguardaba. Ahora es distinto, aquí se confiesa la cobardía; se proclama implícitamente, y a veces, incluso, explícitamente.

Por ventura habréis leído «François», interesante libro del P. Augusto Valensin. Se trata de un muchacho superdotado, muerto a los diez y nueve años, con alma predestinada. Enviado a un hotel transformado en sanatorio, un día asiste a una fiesta: baile, música, distracciones. Escuchémosle: «En un entreacto abandoné la sala y cuando me disponía a entrar de nuevo, de repente pensé en Jesús. ¡Ya no vuelvo! Me ha mirado con ojos llenos de ternura. He comprendido, como otras mil veces, que me ama locamente, que tiene sed de mí. He comprobado el ardor de esta pasión; más aún, he comprendido que en este momento El está solo; que necesitaba que pensara en El y *le amase en este mismo momento*; que necesitaba una respuesta mía, libre, de loco y ardiente amor en respuesta a su amor... Lleno de miedo (que no califico) de faltar a la *atracción*, vuelvo a la sala. Pero inmediatamente el contraste entre mis ideas y la odiosa atmósfera de frivolidad de la sala produce en mí disgusto...»

Sale de nuevo y se retira al guardarropa: «Comprendo interiormente la maravilla del Dios-Amor. Para hacerse idea de que Dios es amor, hay que prolongar hasta el infinito una *pasión* humana violenta y pura, una locura de amor; incluir, además, la nota de infinita *ternura*, la ternura de la madre que llora de amor ante su hijo en la cuna. He aquí al Dios-Amor, y he aquí lo que yo he comprendido entre las prendas del guardarropa».

Dejándose llevar nuevamente por el deseo de no faltar a ciertos números del programa, regresa a la sala, pero experimenta un punzante sentimiento de infidelidad. Esta frase lo resume todo: «Dejando a Jesús solo, me dispersé».

Observemos que no se trata de un muchacho escrupuloso; no ve mal alguno en asistir a la fiesta y sabe que a Dios se le puede servir con las acciones ordinarias. Pero, sabiendo también que su presencia en aquel acto no es indispensable, que nadie observará su ausencia, que si la observan, se le excusará fácilmente suponiendo una eventual fatiga; al sentirse invitado a huir del bullicio, por mera cobardía vuelve a él, con perjuicio de las luces preciosas que hubiese podido recibir o de un momento de unión irremplazable.

¡Cuán bien comprendemos los reproches que se dirige! Tiene miedo al sacrificio (<sup>39</sup>).

Es el miedo que todos sentimos cuando se trata de *ejecutarnos* (toda ejecución lleva consigo la muerte de algo en nosotros, es siempre una «ejecución capital»). Oigamos ahora la descripción de ese miedo no ya de un joven de 19 años, sino de un prelado de gran categoría y verdaderamente «fuerte».

El abate d'Hulst, de retiro en Clamart, y entusiasmado por la lógica progresiva del amor en los *Ejercicios de San Ignacio*, va a ofrecerse a la acción divina sin mengua ni reticencia alguna. Era un alma suficientemente viril para acallar todas las protestas de la naturaleza. Eso no obstante, la naturaleza protesta, lamentándose de antemano de las generosidades en que tendrá que consentir. D'Hulst escribe en sus notas (1872):

«Nuestro santo arzobispo se pregunta si es posible convertir París, y se inclina a pensar que sí. Yo lo afirmaría aún más, pero con una condición... con la condición de que todos los sacerdotes de París fuesen buenos y algunos santos... Depositó esta opinión y estos sentimientos a los pies de la Virgen del peristilo; y pedí para mis hermanos el celo de la santificación. Entonces renació en mí esta pregunta que siempre me turba y me conmueve: ¿Por qué no pides eso para ti mismo? Tuve miedo de pedirlo, porque lo tengo de ser escuchado. Aquí está el punto sensible. Cuando me recojo seriamente y voy más allá de los ordinarios buenos sentimientos, me asalta esta pregunta, y sobreviene semejante miedo».

Ahí tenemos descrito al vivo, en un alma nada vulgar, el miedo a la entrega total, la inclinación a andarse con rodeos; el prurito, muy explicable, de soslayar el obstáculo en vez de procurar salvarlo. «Dios mío, preservadme de la tentación de la santidad», decía Santiago Rivière, ex-normalista, director de la «Nueva Revista Francesa», en 1914, que en la

---

<sup>39</sup> *Francisco* nos revela otra de sus «infidelidades». Recibió de manera impropia a las Hermanitas de los Pobres: «He sido un cobarde; no he vencido el amor propio ni el respeto humano» que me han impedido hacer honor como se merecían a estas Hermanitas de los Pobres, en quienes había visto claramente al mismo Jesucristo. Perdón, oh Jesús. No me retiréis por esta infidelidad vuestras especiales gracias de *invitaciones*. Y, poco después, toma la resolución de «no perder de vista las invitaciones a la santidad» y formula esta oración: «¡Oh, Jesús!... no me retiréis vuestras invitaciones. Sed exigente, pero dadme fuerzas para realizar vuestras demandas». (Plon. 239-240).

cautividad recobró de nuevo la fe <sup>(40)</sup>. Semejante postura está tan cerca del estado de alma de *François* como del de Mons. d'Hulst.

Respecto a tales hurtos secretos de la voluntad, Foerster refiere dos hechos que encierran un gran sentido.

Uno pasa en la Escuela de equitación. El alumno debe saltar la barra por vez primera. Dada la señal de partida por el maestro, el caballo sale al trote, mas llegado frente al obstáculo, se detiene. «¡No quiere!», grita el alumno. «El caballo sí quiere, el que no quiere es usted. En el último instante tiró usted de las riendas imperceptiblemente; quería saltar, pero un momento antes del salto, el miedo se apoderó de usted y le hizo cambiar de decisión; esta contradicción de estimulantes detuvo al animal».

He aquí el segundo caso, que explica mejor aún cómo la simple imaginación de la dificultad en salvar el obstáculo crea una dificultad real para salvarlo.

Cierto capitán tenía un caballo que siempre se espantaba al pasar cerca de un tren. De permiso el capitán, un joven oficial se ofreció a sacar todos los días al noble animal. Pasa junto al tren, sin que la bestia se altere. Terminado el paseo, el ordenanza pregunta al oficial cómo se ha portado el caballo. «Muy bien». «Pues el capitán nunca pudo conseguirlo». Los días siguientes sale de nuevo el oficial y le resulta imposible hacerse obedecer del animal. El pensamiento de que el capitán no lo había conseguido, bastó para paralizar la firmeza del nuevo caballero; y sin duda, esa inquietud, que ni él mismo advierte, pero que la montura siente muy bien, es causa de que, llegado el momento, falte seguridad al caballo.

En el ser humano, más aún que en el caso del caballero y su cabalgadura, la acción queda frecuentemente disminuida o anulada por un pensamiento que brotando de la imaginación o de un temor febril apenas esbozado, la sensibilidad sabe de todos modos traducir a la voluntad siempre alerta.

Nos sentíamos dispuestos a dar todo. ¡Alto! Desde lo más profundo se eleva una protesta, a veces sin nosotros saberlo. Hemos dado ya algo ¡oh, sí! Una nadería, en comparación con lo que Dios reclamaba.

---

<sup>40</sup> Ver sus Apuntes de prisionero (Koenigsberg, 5 oct. 1915), publicados con el título: *A la trace de Dieu*, pág. 279. He aquí el texto completo: «¡Dios mío! alejad de mí la tentación de la santidad. Contentaos con una vida pura y paciente, que yo con todos mis esfuerzos trataré de ofreceros. No me privéis de los gozos deliciosos que he conocido, que he amado tanto y que tanto deseo volver a vivir. No confundáis. No pertenezco a la clase precisa. No me tentéis con cosas imposibles».

Instintivamente el corazón ha paralizado nuestro brazo. Cuán difícil sea mostrarse radical en la fidelidad pueden atestiguarlo cuantos trataron alguna vez de dar todo. ¡Es tan cobarde la naturaleza! Con ironía lo observa William James: «Se traza una línea de demarcación, pero la mayoría de nosotros tenemos un gusto muy pronunciado por las buenas cosas que se encuentran a ambos lados de esa línea».

No obstante ¡si sospechásemos qué recompensa aguarda a la entrega generosa! Conocida es la historia del mendigo de la India de que nos habla un autor. Es la historia de muchas vidas.

«Caminaba —refiere el pobre harapiento— mendigando de puerta en puerta camino de un pueblo, cuando a lo lejos apareció tu dorado carruaje, cual radiante sueño, y admiré al Rey de reyes.

«El carro se detuvo. Posaste tu mirada en mí y te apeaste sonriente. Sentí llegada la suerte de mi vida. De repente tendiste hacia mí tu mano derecha y dijiste: «¿Qué vas a darme?»

«¡Ah! ¿Qué broma era ésta, tender un rey la mano al mendigo para mendigar? Quedé confuso y perplejo. Por fin, saqué de mis alforjas un grano de trigo y te lo di.

«Mas sorpresa grande la mía cuando, al declinar el día, y vaciar mi saco, hallé una minúscula pepita de oro entre el puñado de vulgares granos. Entonces lloré amargamente y me dije: ¡Lástima no haber tenido la corazonada de dártelo todo!»

¿No es ésta también, bajo otro aspecto, la lección que parece desprenderse de lo que según se cuenta sucedió al cisterciense Joaquín de Flore? <sup>(41)</sup> Cierta día salió al jardín del convento para meditar, cuando vio acercársele un joven de gran belleza con una copa en la mano: «Joaquín, toma y bebe». Bebió el monje, sin agotar, no obstante, el delicioso néctar que se le ofrecía. «¡Oh, Joaquín, dijo el ángel, si la hubieses apurado del todo, ninguna ciencia escaparía a tu conocimiento!»

\* \* \*

Si todavía, después de haber entregado el mísero grano o las escasas existencias de nuestras alforjas, no tratásemos de recuperarlas... Es la

---

<sup>41</sup> Monje de la época que precedió a Francisco de Asís y que sobresalió por su rara predicación sobre la próxima venida del Anticristo. Ver en GEBHART, *L'Italie mystique*, pág. 65.

historia de los niños que habiendo ofrendado ante el belén sus golosinas, en cuanto volvemos la espalda, intentan «saborear sus sacrificios».

En otro lugar (<sup>42</sup>), hemos citado conmovedores ejemplos: Rosetti, Lulli, Angélica Arnauld, el mismo Rancé... Hay muchos más.

El Dux de Venecia, al tomar posesión del cargo, arrojaba al mar, para simbolizar las bodas de la República con el Océano, una sortija de oro; pero cuentan que tan pronto terminaba la fiesta, los buzos se encargaban de recuperarla.

Así somos nosotros. ¿Quién, sin necesidad de muchas investigaciones, no comprobará en su conducta moral ejemplos parecidos? ¿No estamos acostumbrados a sustracciones en nuestros holocaustos, a esperar ávida e inmediatamente el premio después de la ofrenda de nuestros mejores sacrificios?

Se comprende, pues, la respuesta que una persona original, pero sensata, dio al oratoriano inglés Faber, cuando éste le preguntó: «Si tuviese usted que levantar una iglesia a uno cualquiera de los atributos del Altísimo ¿cuál escogería? — «Sin dudar ¡la dedicaría a la paciencia divina!»

Esta elección no necesita justificarse. ¡Cuánta longanimidad necesita el Señor para soportar todas nuestras insuficiencias y veleidades! Seguramente no ignora de qué barro salimos, y no se sorprende al encontrar en nosotros esas mezclas; sabe, por añadidura, que, como hijos de Adán, nos muerde la concupiscencia. Pero conoce también las gracias con que nos ha colmado. ¿Y tales gracias merecerán sólo una fidelidad minimizada? ¿No soy demasiado indulgente conmigo mismo y estoy siempre dispuesto a encontrar excusa a mis déficits y mezquindades?

No obstante, no seamos rigoristas. Juzgando por tales egoísmos, nos expondríamos a calificar de falaz el sacrificio que acabamos de ofrecer. «¡No fuiste plenamente fiel; por tanto, el don de ayer, o de hace un momento, no fue leal!»

Eso sería deformar la verdad. Nuestra generosidad insuficiente en el detalle no prueba que nuestra intención de dar todo era caduca desde el primer momento, sino manifiesta simplemente nuestra congénita debilidad. Somos seres veleidosos; hace un momento no aspirábamos a recuperar nada, pero dominados por la cobardía no mantenemos lo prometido.

---

<sup>42</sup> *Cristo en nosotros*, los capítulos sobre la fidelidad al Espíritu Santo.

¡Eterna miseria de nuestra condición! Hay que humillarse por ella, pero no desanimarse. Y hacer cuanto podamos para que el haber de nuestros egoísmos sea lo más reducido posible.

Pero no creamos escapar a la regla constantemente probada: Sin una absoluta generosidad, absoluta en cuanto es posible a nuestra debilidad, no esperemos alcanzar de Dios, salvo un milagro, las gracias necesarias para las grandes ascensiones. *François* deseaba corresponder a todas las divinas exigencias <sup>(43)</sup>. Con mayor autoridad nos invita a esa correspondencia el siguiente texto del dominico Taulero. Evoca una comparación conocida, pero no hay inconveniente en repetirla para retenerla mejor: «Doble es la función del Espíritu Santo en el hombre. Primero, produce el vacío; después llena este vacío tanto y en la medida en que lo encuentra hecho.

»Hacer el vacío es la primera y más importante preparación para recibir al Espíritu Santo, pues en la medida y grado en que el hombre logra el vacío, en el mismo grado y medida, el hombre será capaz de recibir al Espíritu Santo. Ya que para llenar un tonel, es preciso, primero, vaciar su contenido.

»Si se quiere poner vino en el tonel, hay que vaciar el agua... Para que Dios entre, habrá que expulsar las criaturas. Todo lo creado debe expelerse, de una manera o de otra. Hay que barrer todo cuanto hay en ti, todo cuanto has recibido...

»Terminada esta preparación, el Espíritu Santo procede en seguida a su segunda función: llena por completo la capacidad receptiva. Cuanto más hayas vaciado, más recibirás. Cuanto menos quede de ti, más recibirás de El. Amor propio, espíritu propio, voluntad propia... de todo debes desprenderte. Aunque el cielo se te abriera, no debieras querer entrar en él, sin asegurarte de que Dios lo quiere...»

He aquí los verdaderos pobres de espíritu... Corresponde al hombre dejarse preparar y dejar al Espíritu Santo el campo libre para que pueda realizar su obra. Muy pocos lo hacen, aun entre los que llevan hábito religioso» <sup>(44)</sup>.

---

<sup>43</sup> Suya es también esta reflexión: «Dios se produce en nosotros como llamada antes de darse como respuesta».

<sup>44</sup> TAULERO, primer sermón de Pentecostés, en *Sermons*, ed. Vie spir. II, pág. 27-29.

### **III**

## **FIDELIDAD E IDEAL DE VIDA**

# I

## FIDELIDAD Y SANTIDAD

Quién no se apropiaría esta oración de María Lenéru: «Dios mío, cuando comparezca delante de Vos y por fin os comprenda, evitadme comprobar que no hice por Vos todo cuanto podía».

¿Verdad que, por error de perspectiva, hemos situado las almas, tal vez exageradamente, en la idea de que el gran objetivo del cristianismo consiste en luchar contra el pecado? Nos referimos, claro está, a las almas que se esfuerzan en llevar seriamente una vida cristiana. En las obras escritas para los fieles, en las misiones que se dan en las parroquias (y a las que, prácticamente, asiste lo mejor de cada una, es decir, las almas que viven en guardia contra el pecado), en los retiros que se predicán, la preocupación esencial y casi exclusiva ¿no parece ser el pecado, preservarse del pecado, la lucha contra el pecado, y que el espacio reservado a describir el ideal del Evangelio es insuficiente?

Sin duda, el pecado mortal continúa siendo una tragedia posible para todos. Pero para las almas fervorosas o deseosas de serlo, el problema constante no es la lucha contra el pecado, sino el esfuerzo positivo por la perfección.

¿Qué reglas, qué camino, qué medios excogitaremos para ofrecer a Dios el máximo? ¿Cómo evitar no ya el pecado grave, sino la tacañería en los holocaustos y soslayar lo que los autores espirituales llaman la *tibieza*?

\* \* \*

En primer lugar, entendamos el significado de esta palabra.

Por haber leído ciertos libros poco recomendables, algunas personas enloquecen, y en lugar de vivir tranquilas, ponen la perfección en cumbres tan elevadas, que a todas luces parece inaccesible.

A su hermana, que le rogaba una carta sobre la tibieza, el P. de la Colombière le contestó:



«Preferiría tener que convertir a un gran pecador que a una persona que cayó en la tibieza. Es casi un mal sin remedio. Veo pocos que salgan de ella; y la edad, que cura los demás defectos, no hace más que acrecentar éste... ¡Dios os preserve de caer en esa desgracia! Preferirla veros muerta».

Y añade: «No es que no sea muy común ese mal (aun en los conventos). ¡Cuántas personas observan sus reglas, se levantan, van a Misa, a la oración, a confesar, a la comunión, porque es costumbre, porque suena la campana y los demás van, pero hacen todo eso sin devoción interior, y sin deseo de complacer a Dios! El corazón apenas toma parte en lo que hacen...»<sup>(45)</sup>.

Tales palabras hacen temblar un poco, aunque, sin duda, hay que tomarlas en relación con la persona a quien el autor escribía. El Padre sabía que quien iba a recibir la carta era suficientemente fuerte para escuchar tal lenguaje. Sabía también que no se desanimaría, antes se esforzaría en subir más.

Es preciso comprender. Y sin querer minimizar las exigencias de la fidelidad verdadera, digamos, en primer lugar, que la tibieza en manera alguna consiste en sentir menor gusto en el servicio de Dios, en cierta falta de impulso sensible; la tibieza puede coincidir con la desolación, con la más negra desolación. No confundamos sentir y querer. Lo que importa es tener ¡no precisamente experimentar! La fidelidad en la noche está muy lejos de ser la menos hermosa de las fidelidades. El Huerto de la Agonía destaca mejor que el Tabor los sacrificios auténticos.

No hay que llamar tampoco ausencia de fidelidad a una cierta torpeza provocada por causas involuntarias, exceso de ocupaciones, por ejemplo, o por falta de salud. Es más fácil servir fielmente a Dios cuando está uno completamente bien que en los momentos de abatimiento o desfallecimiento físico. Sin duda, Dios concede gracias en la enfermedad, pero sólo en los libros y en alguna hermosa oración fúnebre, se dice que «el alma es dueña del cuerpo que anima». En la práctica, la pobre alma hace lo que puede cuando el cuerpo no puede más y ¿quién se lo reprochará? Mantenerse ¡ya es mucho! Lo demás es literatura.

Conviene hacer idéntica salvedad cuando uno se siente agobiado por abrumadoras ocupaciones no buscadas. Todos los autores están de acuerdo en aconsejar que se huya del apresuramiento natural; pero no hay que poner bajo esta denominación la feliz disposición para resolver rápidamente una situación, para despachar un trabajo sin estrépito inútil. El

---

<sup>45</sup> *Ob. compl.*, t. VI, págs. 256, 257 (edit. 1902, Grenoble).

recogimiento es condición preliminar de la fidelidad, pero no lo es la inercia. Si lo fuese, los más lentos tendrían el privilegio del «buen servicio». ¡Felices los activos! Cuiden de no ir más allá de la razón, pero felices ellos si poseen el precioso arte de hacer bien muchas cosas en poco tiempo.

En medio de una vida singularmente activa, entre las ocupaciones del hogar y de un negocio importante, la Sra. Martin, que más tarde, siendo Ursulina bajo el nombre de María de la Encarnación, había de partir para el Canadá y a quien la Iglesia ha elevado a los honores de la beatificación, fue recompensada por Dios con grandes gracias de unión. Y observa acertadamente que no era el cuidado legítimo de sus ocupaciones lo que la privaba de la divina presencia, sino sólo su negligencia consciente. Es muy digno de recordar este pasaje: «Cuando invertía la jornada en hablar de asuntos necesarios, no me sentía privada de la presencia de Dios; pero si me portaba de manera un tanto libre, dejándome llevar por pensamientos inútiles o por alguna divagación de espíritu, por mínima que fuese, sentía entonces debilitarse en mí esta unión interior, y como si quisiera desaparecer, con un reproche interior muy grande» (<sup>46</sup>).

Confesémoslo: la actividad laboral no deja, quizás, mucho tiempo para *pensar* en Dios durante el trabajo. Pero la unión con Dios no consiste esencialmente y ante todo en *pensar* en El. En nuestra obra *Cómo orar siempre* procuramos explicar que, fuera de los ejercicios de piedad, en los cuales nuestro principal deber consiste en pensar en Dios (para llegar a amarle más), en nuestra cotidiana actividad hemos de procurar no tanto pensar en Dios como trabajar por El. Cuestión de *querer*, mucho más que cuestión de *memoria*. De querer, y por lo tanto, de fidelidad gozosa, amante, desinteresada.

\* \* \*

Hay verdadera tibieza cuando la falta de fidelidad —supuesta habitualmente (<sup>47</sup>)—; proviene de una causa puesta por la misma voluntad o que, emanando de una causa involuntaria, es aceptada por la voluntad.

---

<sup>46</sup> *Oeuvres completes*, I, 155.

<sup>47</sup> Aunque temibles, no constituyen tibieza los desfallecimientos por debilidad, por numerosos que sean, siempre que vayan seguidos de reacciones vigorosas. La tibieza consiste en un estado de negligencias consentidas durante un tiempo relativamente considerable, y contra el cual no se hace resistencia ni protesta eficaz. Se encontrarán excelentes explicaciones en la *Révue d'Ascétique et de Mystique*, abril 1935: *La Mediocrité*, por el P. José de GUIBERT.

Por la Biblia sabemos lo que sucedió a las vírgenes fatuas. Dejaron consumir el aceite de sus lámparas y no pensaron en renovarlo. Durmieron esperando al Esposo. El Esposo llegó. No lo oyeron. No tenían provisión para recibirlo por haberse dormido.

¿Queréis algunos ejemplos?

Será el abandono de este o aquel ejercicio de piedad, que lealmente reconocemos debe entrar en nuestro programa de vida; abandono de la oración, de la Misa, de la Comunión, y todo esto sin razón suficiente.

O será la disipación buscada, querida, aceptada. No censuramos la distracción sana y completamente legítima a ciertas horas, sino ese gusto intempestivo o inmoderado de derramarse en las cosas, a pesar de una contraindicación divina y un reproche de la conciencia.

O será una pequeña pasión mantenida, un afecto muy marcado, un éxito muy deseado, un rencor poco combatido, una tristeza interior demasiado manifiesta, faltas a la caridad que se multiplican fácilmente, una atonía consciente y consentida.

Examine y determine cada uno la medida de su generosidad.

*Hora est...* Debiéramos acabar de dormir. «Hace mucho tiempo — decía a un alma Nuestro Señor crucificado—, hace mucho tiempo que tú eres el alma *amada* ¡ya podías ser, desde ahora, el alma *amante!*»

En verdad, malhaya ese servicio retardado, esa generosidad a cuentagotas a que estoy habituado. Debo inspirarme en aquellas frases que se encontraron en los *Apuntes espirituales* del P. Foch:

«Nada con espíritu de Subalterno. Nada peor que el espíritu pedante, el espíritu que sólo piensa en eludir todo trabajo, todo esfuerzo, sin cuidarse de nada más que de sus comodidades... No cuento más que con Dios, y no quiero cuidarme más que de complacerle, a El y sólo a El».

\* \* \*

Claro está que hay una categoría de almas que con mayor razón deben atender a evitar toda tibieza. Son las almas consagradas por el sacerdocio o la vida religiosa, o por el voto de castidad en el mundo, a la perfección del *espíritu virginal*.

Pongamos una comparación.

He ahí una joven esposa. No sólo no hace traición a su marido, pórtico como si dijéramos de su arte, sino que hace todo lo posible por multiplicar las pruebas patentes de su ternura y las atenciones delicadas

para con él. No hay dos maneras de amar, y lo que es verdad respecto del afecto de dos criaturas, es verdad aplicado al amor entre la criatura y Dios. Bien está no molestar, pero incomparablemente mejor será desgranar imperceptibles detalles y menudos servicios; así se revela mejor el fondo del corazón.

De este modo los votos de virginidad o de castidad <sup>(48)</sup>, si son sinceros y profundos, conducen, no decimos siempre efectivamente, pero sí lógicamente, a la práctica de lo más perfecto <sup>(49)</sup>. Desde el momento en que se descubre algo que agrada al ser amado ¿por qué negárselo? O, si se le rehúsa, ¿es eso amar? A veces se mira la práctica de la castidad bajo su aspecto exclusivamente negativo: la guarda de los sentidos. Aquí, como en todo, el aspecto positivo va mucho más lejos: no consiste sólo en no hacer traición, sino en hacer lo posible por dar gusto a aquel a quien uno se ha dado. Ahí está el espíritu virginal.

En una terrible página de su *Doctrina espiritual*, dice el P. Luis Lallemant:

«Se maravilla uno al ver tantos religiosos que, después de vivir en estado de gracia cuarenta o cincuenta años, de celebrar la santa Misa cada día y practicar todos los santos ejercicios de la vida religiosa... ni en sus acciones ni en su conducta nada aparece que manifieste dones del Espíritu Santo. Su vida es completamente natural. Cuando se les censura, o se les disgusta, muestran su resentimiento. ¿Por qué tienen, además, tanto afán de alabanzas?»

También se aflige Taulero al constatar que varios —relativamente demasiados— profesan el estado religioso, pero no viven conforme reclama la perfección de ese estado. Y, según suele, sacude vigorosamente a todo el mundo: «Viste todas las cogullas y todos los hábitos religiosos que quieras. Si no cumples (con la más completa fidelidad) tus obligaciones, todo eso de nada te servirá... Ah, ¡cuán amplio tema sería averiguar el número de personas que están tan llenas de su propia voluntad, tan llenas, tan llenas, tan llenas! Se observa que, especialmente en el sexo fuerte, son muy pocas las almas que se sometan

---

<sup>48</sup> El voto de virginidad es la promesa de no contraer matrimonio. El voto de castidad es la promesa, por especial amor a Dios, de no hacer nada que esté prohibido en el sexto y noveno mandamientos.

<sup>49</sup> No decimos «voto de lo más perfecto», lo cual es muy distinto. Ver el libro *Cristo en nuestros prójimos*, último capítulo.

(completamente) a Dios. Las pocas que lo hacen son pobres mujeres y, desgraciadamente, también en pequeño número»<sup>(50)</sup>.

Más recientemente, en un libro del que ya hemos hablado y en el que una religiosa parece traducir alguna de las quejas de Nuestro Señor, *Cum clamore valido*, se hace alusión a los fraudes de detalle que a veces se permiten quienes, sin embargo, prometieron servir con ilimitado celo, con una pureza inmaculada, con absoluta humildad y con el más fervoroso amor<sup>(51)</sup>.

Dejando la parte normal de la debilidad humana, ¿dónde encontraremos la explicación de esas faltas dolorosas que hay que superar? En el hecho de que muchos, olvidando su generosidad inicial, se dejan llevar por la relajación. No traicionan; pero en su don hay mezcla, su ofrenda no es completamente pura, hay ganga en su oro. El espíritu de su entrega no es absoluto. Más allá de las fidelidades esenciales, se extiende un amplio margen de generosidades ricas en amor; mas cierta ausencia de amor les impide aventurarse a ellas. Nunca llegarán a las supremas ascensiones.

Pero sería un error pensar que, fuera del sacerdocio, de la vida religiosa o de la virginidad consagrada, no queda lugar para la perfección del espíritu virginal, en el sentido en que lo tomamos aquí; es decir, para la perfección del amor atento a no descuidar nada, para rendir el máximo de fidelidad generosa, en el cuadro de la particular existencia de cada uno: vida matrimonial, vida de los negocios, vida en el mundo.

Dijimos en otra parte<sup>(52)</sup> que hay almas, incluso en el mundo, que sin haber hecho voto especial de virginidad, tienen deseos de vida muy perfecta y pueden introducirse en el camino de la entera fidelidad a la gracia.

Sin que exista promesa o voto en este sentido ¿es posible, en la vida del mundo, poner cuidado en no rehusar nada a Dios? Más aún,

---

<sup>50</sup> *Sermons*, ed. Vie spir., II, pág. 287, 8.<sup>a</sup> Dom. después de la Trinidad.

<sup>51</sup> Dom LOTTIN, monje de Mont-César, en sus *Considérations sur l'état religieux et la vie bénédictine*, demuestra cómo todos los fundadores de Ordenes tuvieron especial cuidado de que sus súbditos guardasen una muy grande fidelidad. Cita como ejemplo algunas expresiones de San Benito: *Cum omni humilitate* (c. 20, 4); *Cum omni gravitate et modestia* (c. 22,15); *Cura maxima* (c. 36, 20); *Omni puritate* (c. 49, 4); *Cura omni silentio* (c. 52, 3); *Cum omni officio caritatis* (c. 53, 7); *In omni patientia* (c. 58); *Cum omni mansuetudine* (c. 58, 3); *Ferventissimo amore patientissime, certatim* (c. 72, 5-8-9).

<sup>52</sup> *La dirección espiritual*, E. L. R., Barcelona.

¿preocuparse por dar al Altísimo el máximo de lo que se le puede ofrecer?

Sí, seguramente. Y a veces es una vergüenza singular para los «consagrados», para los «entregados», comprobar que, en la sencilla vida cristiana de una madre de familia, de un comerciante, de un industrial, médico, obrero u obrera, se encuentra una preocupación por servir lo mejor posible, mayor que la que hay entre ellos, miembros del clero, o entre ellas, almas religiosas. No es el hábito ni el estado lo que hace al alma fervorosa, sino el corazón, la voluntad de amor. No se trata de comparar un estado con otro, sino generosidad con generosidad. Se ha podido muy bien escoger un estado más perfecto en sí, y sentirse más imperfecto que el que vive en un estado no tan hermoso. Por el contrario, se ha podido escoger un estado menos perfecto (en el cual una leal evidencia demostraba que uno podía santificarse), y en ese estado teóricamente menos elevado, llevar una vida más perfecta que éste o aquél, llamado a vivir en un estado más hermoso, pero que responde imperfectamente a las exigencias de su vocación.

Que las almas que viven en el mundo se sientan con esto animadas a no negar nada a Dios y a ir todo lo más lejos posible en su fidelidad por amor. Mejor que los ambientes, lo que diferencia a las almas es la generosidad en servir. El siguiente escrito de una religiosa, no es aplicable solamente a los claustros y al sacerdocio; vale para toda alma cristiana que aspire a la perfección en su estado:

«El día de Pentecostés, me pareció que el Espíritu Santo tomaba mayor posesión de mi alma y que me urgía fuertemente a entregarme con generosidad constante a su acción interior, sin oponer jamás la menor resistencia a sus inspiraciones y a todo lo que El quiera hacer. En una luz interior vi cuántas almas hay a las que El había atraído a un estado de santidad y que ahora, a pesar de toda clase de gracias, vivían en estado de independencia respecto a este Espíritu de amor, procurando, la mayor parte del tiempo, sustraerse a sus inspiraciones, a sus atractivos y a sus reproches, para llevar una vida en consonancia con sus instintos y tendencias naturales hacia lo terrenal y lo que satisface su amor propio.

»Veía que son muchas las almas que aun no viviendo de manera escandalosa para el mundo —aunque desgraciadamente también hay de éstas— y sin presentar en su exterior nada que choque, viven con gran frialdad e indiferencia en cuanto a la correspondencia a las gracias y a la dirección del Espíritu Santo...

«Después de lo que he visto, este Dios de amor no quiere, sin embargo, retirarse de ellas, ni restringir sus favores sobre la tierra; antes intenta nuevos procedimientos para atraerse fuertemente a un pequeño número de almas, que aun no siendo siempre las mejores, gracias a su buena voluntad y a pesar de sus miserias, están dispuestas a entregarse por completo a todo lo que el Espíritu Santo quiera hacer de ellas, por ellas y en ellas por crucificante que sea esta acción divina. Por este pequeño número de almas fieles, sobre las cuales derrama un número mayor de gracias, quiere Dios consolarse de la indiferencia y de la apatía de la multitud»<sup>(53)</sup>.

¡Valor, pues, almas fervorosas, dondequiera que estéis y en cualquier situación de la vida en que os encontréis! Cierto que, si Dios os indica que vuestro puesto está en la existencia consagrada, no rechazéis el llamamiento; pero, si lealmente habéis creído deber escoger una existencia en el mundo, y tenéis grandes deseos de generosidad, no os creáis almas de segunda línea y no os imaginéis que los grandes tesoros del Maestro no son para vosotras. Id a Dios con todo vuestro amor. Realizad toda la fidelidad que haya que cumplir. Estáis en camino de la santidad.

---

<sup>53</sup> NAVATEL, *Soeur Marie-Colette du S.-C.*, de Gigord, cap. XXIII, págs. 261-262.

## II

### FIDELIDAD Y UNIÓN CON DIOS

En el mundo o separado del mundo, se puede, evidentemente, aspirar a la unión con Dios. ¿Qué relación hay entre la unión con Dios y la fidelidad?

\* \* \*

Recordamos haber leído en una Revista de Espiritualidad la siguiente frase: «Puede establecerse una ecuación entre estos dos términos: vida perfecta, vida mística».

Cuestión muy debatida es la de saber si la vida perfecta lleva consigo necesariamente gracias místicas y si la vida mística es necesariamente vida perfecta.

Están todos de acuerdo en decir que las gracias místicas son gracias gratuitas, y por tanto, que *en derecho* están fuera de proporción con el mérito de quien las recibe. Pero en algún aspecto los teólogos disienten. Unos dicen: Si, de derecho, Dios no las da a quien es completamente generoso, *de hecho* se las concederá siempre. Otros, creyendo haber encontrado almas muy perfectas que, sin embargo, no han sido recompensadas con dones místicos, son menos categóricos y reservan su juicio.

Dejemos a cada campo rebatirse uno a otro con textos de igual autoridad tomados de los escritores espirituales en favor de una u otra de las dos tesis, y tomemos la cuestión desde otro aspecto.

¿Buscáis dónde está la perfección de la unión con Dios? He aquí un baremo que no engaña y sobre el cual no hay discusión posible. Se encuentra en la perfección de vuestra unión de voluntad con Dios. Medid vuestro grado de santidad por lo que *dais* a Dios; en esto no podrá haber error. Las gracias de contemplación elevada prueban la generosidad de Dios para con vosotros, pero no prueban necesariamente vuestra generosidad para con El. *Quoe placita sunt ei, facio semper*. He aquí lo



que para Nuestro Señor fue el summum de la perfección: «Todo cuanto el Padre reclama, lo realizo a la letra». Haciendo nosotros lo mismo, marchamos sobre camino de granito. Que Dios dé o no gracias gratuitas no es aquí punto esencial.

Escuchemos a Santa Teresa:

«Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os olvide esto, que importa mucho) ha de ser trabajar y determinarse, y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer conformar su voluntad con la de Dios; y (como diré después) estad muy ciertas, que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente tuviere esto, más recibirá del Señor, y más adelante está en este camino: no penséis que hay aquí más algarabías, ni cosas no sabidas y entendidas, que en esto consiste todo nuestro bien»<sup>(54)</sup>.

Y añade en otra parte: ...«la verdadera unión se puede muy bien alcanzar, con el favor de nuestro Señor, si nosotros nos esforzamos a procurarla con no tener voluntad, sino atada con lo que fuese la voluntad de Dios»<sup>(55)</sup>.

San Francisco de Sales está de acuerdo con Teresa de Avila. Escuchemos su pregunta: ¿A qué se debe que en el amor de Dios no hayamos adelantado tanto como San Agustín, San Francisco de Asís, Sarita Catalina de Génova o Santa Francisca? Y responde: «A que Dios no nos ha hecho esa gracia. Pero ¿por qué —continúa— no nos hace esa gracia? Porque nosotros no hemos correspondido como debiéramos a sus inspiraciones. Y ¿por qué no hemos correspondido? Porque, siendo libres, hemos abusado de nuestra libertad»<sup>(56)</sup>.

El Obispo de Ginebra no pretende que las gracias iniciales son idénticas para todos y que nuestra propia vocación sea la de ser una Francisca Romana, un San Agustín, una Catalina de Génova. Sabe muy bien que cada uno tenemos *nuestra* gracia. Insistiremos en ello en el capítulo siguiente. Quiere decir que las luces y fuerzas que Dios reserva para nosotros nos llevarían ¡y cuán ampliamente! a una perfección de primera línea, y a una profunda unión con Dios. El gran obstáculo continúa siendo el apego a nosotros mismos, ese desgraciado poder de disputar palmo a palmo al Maestro divino estos o aquellos rincones de nuestra

---

<sup>54</sup> *Obras compltas*, tomo III, Castillo interior, segundas moradas, cap. único.

<sup>55</sup> Quintas moradas, cap. III.

<sup>56</sup> LE COUTURIER, *loc. jam cit.*, pág. 23

alma, donde queremos seguir siendo los dueños. Este es el abuso de nuestra libertad que vitupera San Francisco de Sales.

¿Por qué —interroga a su vez el autor de la *Imitación de Cristo*— son tan pocas las almas verdaderamente unidas a Dios? Porque son muchas las dispuestas a seguir a Nuestro Señor hasta el Tabor, pero pocas hasta Getsemaní. Mientras la gracia de Dios impulsa las velas y los favores abundan, la fidelidad no resulta muy difícil; pero viene la obscuridad, desaparecen las consolaciones, llega el momento de probar que se es «fielmente fiel» y ya no queda nadie, o al menos, el número disminuye mucho.

«Pocas almas son perfectamente de Dios y pocas las que permiten a Nuestro Señor reinar enteramente sobre ellas. A pesar de todos sus derechos, muchas no dejan que el Maestro absoluto ejerza todo su derecho sobre su ser, porque, aun en una vida consagrada al Señor, hay todavía muchas cosas exteriores y sobre todo interiores que están, por decirlo así, reservadas a nuestro arbitrio y a nuestra generosidad. Cuando el alma no está firmemente resuelta a darse constantemente, sin reservarse jamás ante los sacrificios, guarda, con gran daño de su perfección y de la gloria de Dios, esa parte íntima de su voluntad cuyo sacrificio tan agradable sería a Nuestro Señor».

«Pero cuando se entrega por entero al Espíritu Santo —y esto dice mucho— para, por su gracia y por la fidelidad de cada instante, dejarse dirigir, purificar y santificar; sobre todo cuando, siguiendo una gracia interior, se abandona y se entrega por entero, sin ninguna reserva, a la santísima voluntad del Señor... no sólo de palabra, sino con el deseo y voluntad sincera y resuelta a aceptar con valor, humildad y perseverancia todo lo que puede ser consecuencia de este don; comprendía, que sólo entonces el alma está en camino de unión con Nuestro Señor, la Santísima Trinidad la recibe de una manera muy particular como suya y se apresura a hacerla menos indigna de Ella, por los medios que le son más ventajosos»<sup>(57)</sup>.

Ciertos autores explican que para alcanzar tal flexibilidad bajo la acción divina, no basta la sola *virtud* de la caridad; es preciso estar bajo la influencia de los *dones*. Para otros, entre ellos San Francisco de Sales<sup>(58)</sup>,

---

<sup>57</sup> Apuntes espirituales de *Soeur Marie-Colette du S.-C.* publicados por el P. NAVATEL, cap. XXIV, págs. 270-271 (Gigord).

<sup>58</sup> Se trata del Espíritu Santo que habita en nosotros. He aquí sus palabras: «Queriendo hacer a nuestra alma flexible, manejable y obediente a sus divinos

los dones no son ni más ni menos que los constituyentes prácticos de la caridad llegada a su pleno desenvolvimiento. Esta segunda solución tiene, por lo menos, el mérito de ser sencilla. Poco nos importa aquí: lo esencial es que el amor sea bastante fuerte para llevar al alma hasta el fin de su gracia, es decir, hasta donde reclama el Maestro interior.

\* \* \*

¿Hay que intentar conocer la medida de la fidelidad que damos a Dios?

En los comienzos, seguramente sí; no por diletantismo, curiosidad o vanidad, sino para saber dónde se está y trazar así mejor el mapa para proseguir adelante.

Después, y a excepción de comprobaciones siempre útiles, se puede proceder con mayor holgura, sobre todo si uno es demasiado inclinado a la introspección.

El examen es siempre un arma preciosa, pero, como todas las armas de precisión, exige ser empleado con discernimiento y delicadeza. En todo caso, conviene mantener el deseo de vivir en *estado* de entrega total y, en el detalle de la vida, manifestar por todos los actos que el estado de donación total es sincero. ¿Será oportuno querer anotar por menudo todas las fidelidades? Esto puede depender de las almas. Para algunas será mejor evadirse de sí que replegarse sobre sí. En este sentido decía María Antonieta de Geuser: «Sembrar sin mirar donde cae la semilla». Es una fórmula preciosa.

En las notas espirituales del P. de Clorivière, se ve que, para acostumbrarse a ser dócil al Espíritu Santo, había tomado la siguiente triple resolución:

---

movimientos y celestiales inspiraciones que son las leyes de su amor... nos da siete propiedades y perfecciones que se llaman dones del Espíritu Santo. Ahora bien, no sólo no son separables de la caridad, sino que, considerando bien todas las cosas y hablando con propiedad, son las principales virtudes, propiedades y cualidades de la caridad; pues 1.º la sabiduría no es más que el amor que gusta cuán suave es Dios; 2.º el entendimiento... el amor atento a penetrar en las bellezas de la fe; 3.º la ciencia... el mismo amor atento a conocernos a nosotros mismos y a las criaturas; 4.º el consejo... el amor en cuanto nos hace estar atentos a servir a Dios; 5.º la fortaleza... el amor que anima para ejecutar lo que el consejo ha determinado; 6.º la piedad... el amor que hace emplearnos de corazón en las obras que agradan a Dios nuestro Padre; 7.º el temor... el amor en cuanto que nos hace huir y evitar lo que es desagradable a la Divina Majestad». (*Amor de Dios*, I. XI, cap. XV).

- 1.º Trabajar por alcanzar el recogimiento, la guarda del corazón.
- 2.º Velar el silencio (examen particular sobre esto).
- 3.º Procurar en todo obrar «según el Espíritu Santo».

Más tarde observa: «Guardar una gran dependencia respecto al Espíritu Santo, especialmente en las conversaciones».

Mas como hay que evitar toda estrechez en esta vigilancia, añade: «La materia de mi examen particular será sobre mi dependencia del Espíritu Santo; pero, para obrar con más libertad de alma, creo será mejor no fijarme un número de actos. Esta dependencia consistirá en mantenerme a disposición del Espíritu Santo y en seguir sus movimientos cuando a El le plazca hacerme sentir su dirección» (59).

Inteligente utilización del examen, inteligente olvido de sí. Dosificación no siempre fácil, sobre todo para algunos, pero a menudo indicio de una espiritualidad en su punto.

«¡Ah, mi amado Señor! —dice el oblato De Huysmans—, concedednos la gracia de que no nos regateemos así, de prescindir de nosotros de una vez para siempre, de vivir sea donde sea, siempre que sea lejos de nosotros mismos y cerca de Vos» (60).

¡Ah, sí! He ahí la meta. Que cada cual adopte los medios que crea más eficaces para alcanzarla.

Puede suceder que, de modo absolutamente gratuito, Dios conceda favores de elección, a las almas excepcionalmente fieles, habituadas de tal manera a no actuar jamás sin ponerse bajo la dependencia del Espíritu Santo, que el Divino Espíritu parece tomar posesión de ellas hasta el punto, que sin sustituir su actividad propia, les da la impresión de no tener ya voluntad personal. Por nada del mundo consentirían, no digamos ya en el capricho, sino en la menor determinación que no fuese suscrita por el Espíritu Divino, inspirada por El, ejecutada bajo su irradiación y su acción exclusiva.

Uno de los ejemplos más sorprendentes es el de M. Olier, fundador de los Sacerdotes de San Sulpicio, en el siglo XVII. Declara admirar a las gentes «que dicen todo lo que quieren, que hablan como quieren y cuando quieren». Para él esto no existe o ya no existe. Se encuentra desprovisto de

---

<sup>59</sup> *Pedro de Clorivière, según sus notas*, por el P. MONIER-VINARD, col. «Maitres spirituels», t. I, págs. 32-33. Spes.

<sup>60</sup> Extracto de *Prières et pensées De Huysmans*, por H. D'HUNNEZEL, Lardanchet, Lyon, MCMX.

la facultad de obrar a su gusto. Descubre lo que él llama su «enfermedad». Confiesa que experimentaba «una enfermedad que me impedía hacer lo que quería. No podía hacer más que lo que se me permitía. Necesariamente tenía que estar en esta dependencia (del Espíritu Santo)». — «Singular enfermedad», exclamaba «una buena persona de vida muy interior», que se rió oyéndole hablar tan de «buena fe».

En la página siguiente de sus *Memorias*, detalla un poco más en qué consistía esa extraordinaria dependencia bajo la acción del Espíritu Santo. Data de la época en que se decidió a su «voto de víctima». — «Desde ese día, escribe, este Divino Espíritu se ha apoderado de mí de tal modo que lo siento como una segunda alma que me anima y me lleva, que absorbe, devora y abisma en sí mi espíritu y mi alma... Tras esta posesión y presencia del Espíritu Santo, no queda en mí poder para hacer lo que yo quiero, ni de ir adonde yo quiero, sino como agrada a este Divino Espíritu que se ha difundido por mí mismo, como mi alma, y se sirve de todo mi yo como le place y como le agradaría a un alma disponer del cuerpo, pero con mucho más imperio y dulzura» <sup>(61)</sup>.

Si en verdad hay en esto favor completamente gratuito y probablemente raro, no creamos en una pasividad inerte; por el contrario ¡qué actividad tan singular supone una flexibilidad tan continua, tan plena, a los movimientos de la gracia! «Yo quiero ocuparte, le había explicado el Espíritu interior, si tú no te distraes». Olier no se había «distruido»; había entregado todo. En todo cuanto realizaba, sólo Dios era tenido en cuenta; lo humano no existía, lo sobrenatural era el único motor y la única ley. Dios agradecía a su servidor esta «ocupación» inédita que Bossuet, en su *Instrucción sobre los estados de oración*, reconoce ser de la mejor ley <sup>(62)</sup>.

Repitémoslo. Semejantes favores no pueden ser «merecidos». Son puros dones gratuitos. Un alma puede ser muy fiel sin experimentar nunca nada parecido; pero es instructivo y consolador ver cómo Dios, a veces, colma a sus servidores. *Mirabilis Deus in sanctis suis*.

En cuanto a nosotros, dejemos a Dios tratarnos como El quiera. Hagamos, por nuestra parte, todo lo que esté en nuestra mano. El sabe cómo conducirnos.

---

<sup>61</sup> *Mémoires de M. Olier*, t. I, págs. 106-107.

<sup>62</sup> I, libro VII.

### III

#### SEGUIR «SU» GRACIA

Este capítulo podría titularse: «De nuestra vocación particular».

Al darnos el ser y la vida, Dios tiene sobre nosotros un plan. La obra de nuestra santificación consiste en adaptarnos lo más cerca posible a este plan de Dios sobre nuestra alma.

Y esto significa dos cosas: Realizar la *cantidad* de virtud, realizar el *modo* de virtud que se nos pide.

\* \* \*

El que ha recibido mucho debe dar mucho.

Joinville refiere que Juan d'Ernim fue interrogado un día, en Damasco, por un viejo que le preguntó si era cristiano. D'Ernim respondió que sí. Y el viejo añadió: «Si los cristianos fuesen fieles a su fe y a su moral, Dios no permitiría que fuesen derrotados por los sarracenos como lo son. D'Ernim observó entonces que los pecados de los sarracenos eran mucho más grandes todavía que los de los cristianos. El viejo le preguntó si tenía un hijo. Juan le dijo que sí. Entonces el sarraceno le preguntó qué le apenaría más: recibir una bofetada de él o de su hijo. Y Juan le respondió que se irritaría más contra su hijo, si éste le pegaba, que si le pegaba él. «Pues bien, contestó el sarraceno. Esta es mi respuesta: Vosotros, cristianos, sois hijos de Dios, y por el nombre de Cristo sois llamados cristianos..., por eso Dios os considera peores por un pecado pequeño que a nosotros por uno grande, pues nosotros no conocemos nada».

Un mismo pecado cometido por un bautizado y por un pagano es más grave en el bautizado. Una misma negligencia cometida por un cristiano mezquino y por un alma elevada es más grave en esta última.

Pero esta fidelidad que debe tener toda alma no es una fidelidad «en serie», es decir, una fidelidad estereotipada, de tipo único, algo abstracto y que se eleva a un módulo idéntico para todos.

Cada individuo tiene su vocación propia — en primer lugar por *su naturaleza*, es decir, por su temperamento, herencia y educación; y después por *lo sobrenatural* que se le ha dado, es decir, por el contingente de vida divina que el Señor juzga bueno darle.

*Alius sic, alius sic.* Este está más dotado, aquél menos. Y como todo es gratuito, ninguno debe quejarse. Hay que recordar la distribución de carismas al principio de la Iglesia como nos la describen los *Hechos de los Apóstoles*. Más aún, hay que recordar la parábola evangélica — a éste un talento; a aquel otro, cinco; al de más allá, diez.

Nadie ha dicho que todos recibamos en el bautismo una medida de gracia santificante idéntica para cada uno<sup>63</sup>; Dios se reserva, por el contrario, previendo a qué grado de virtud trata de conducir a un alma, darle una capacidad inicial de vida divina que no es necesariamente la que da al vecino o a la vecina. Por el bautismo, entramos todos en posesión de la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu; pero a Margarita-María, a Juan Bautista Vianney o a Teresita Martin, Dios puede infundir e infunde una medida de gracia que no es la que nosotros hemos recibido, pues nuestra vocación no debía ser la suya.

Cada uno de nosotros está encargado de ampliar esa capacidad inicial de gracia santificante, que no es idéntica para cada uno. Esto constituye el fin sobrenatural de nuestra vida sobre la tierra. Y nosotros disponemos de dos grandes series de medios para ello: una serie de medios unidos a ritos que llevan consigo gracia, los sacramentos de vivos, y una serie de medios que no están unidos a ritos objetivos: cada uno de nuestros actos de virtud.

En efecto, ¿qué es un sacramento de vivos? Un sacramento que, encontrando ya en nosotros la vida divina, tiene por misión aumentarla. De ahí su nombre, por oposición a los sacramentos de muertos, que dan la vida sobrenatural a quien, se supone, no la tenía. Cada vez, pues, que se recibe un sacramento de vivos —y en particular el primero de todos en valor, el que nos da al autor mismo de la gracia, Jesús Verbo encarnado, la Eucaristía— se amplía en cada uno la capacidad de lo divino, es decir, se dispone uno a amar más a Dios. Visto a esta luz ¡qué perjuicio haber dejado una Comunión! — haberla dejado, entendámonos, voluntariamente y sin razón.

---

<sup>63</sup> Tenga presente el lector, que es *doctrina casi unánime* de los teólogos, que los Sacramentos de suyo, dadas las mismas disposiciones en los que los reciben, dan la misma cantidad de gracia. — (N. del E.).

El problema no estriba, pues, en realizar un modelo de perfección única. Nuestra santidad debe adaptarse a las dimensiones que Dios reclama. Cada uno debe ir hasta el fin de *su* gracia; y no de la gracia de otro.

Menos aún que *el grado* de virtud, conviene copiar las *modalidades* de virtudes que vemos en otros.

Ser uno y no otro. Es bueno el consejo: «Sé lo que eres». Santificate según las clases de llamamientos que oigas y tus propios recursos. Goliat tenía su coraza. La coraza estorbaba a David. A éste le basta una honda. Basta con manejar bien cada uno su herramienta. Pasa en la Iglesia militante como en los ejércitos modernos. Este maneja la granada, aquél el casco de telefonista o la motocicleta, o el motor del avión. Aquél regula los tiros de una pieza pesada, pilota un bombardero o asegura el aprovisionamiento... Todos, soldados de Cristo, pero cada uno en su línea, con su misión propia, con sus aptitudes y su formación propias.

Santo Tomás explica que los ángeles constituyen cada uno, individualmente, una «especie». En un sentido muy diferente, ¿no puede decirse que cada individuo humano constituye por sí solo una especie aparte, que posee un tipo único para él, caracteres, una vocación que le son personales, y no reproducen idénticamente los rasgos del vecino?

Es evidente que la personalidad en muchos carece de relieve. Esta personalidad se desvanece, se atenúa, hasta bajar al individuo medio, al cristiano medio; pero está lejos de ser un ideal. Y, aun entonces, Dios reconoce las fisonomías particulares, los elementos distintivos, y no reclama de todos un servicio idéntico.

Cada uno, en sus retiros o en los momentos de recogimiento más atento, mire qué matiz especial ha de tener su virtud.

¿Quién no se engañó, en su juventud, sobre qué condiciones son necesarias para llegar a ser santo? Habíamos leído en alguna biografía ciertos relatos de revelaciones, visiones, hechos heroicos, mortificaciones extraordinarias, apostolados triunfantes en los que ni el sueño ni la salud eran necesarios, y tal vez los biógrafos acreditaban demasiado esta concepción acentuando los aspectos maravillosos de ciertas santidades.

No teníamos visiones; luego no éramos santos. No practicábamos ninguna mortificación extraordinaria; por consiguiente no éramos santos.

O bien, llevados de una generosa emulación, al descubrir en otros tal virtud practicada magníficamente, había quienes se esforzaban en rivalizar



con el héroe o la heroína. En otra *vida*, encontraban otra virtud cuya imitación deseaban.

Y no pensábamos que lo que éste o aquél hacen, no han de hacerlo necesariamente todos.

El P. Binet, jesuita del siglo XVII, en un panegírico de Santa Clara, decía a sus oyentes en su original lenguaje: «Os prohíbo expresamente que imitéis a esta santa virgen. Basta con que la admiréis». Consejo prudente envuelto en dulce ironía.

Evidentemente no está prohibido tomar de las *Vidas* generosas ejemplos para estimularnos. Pero es preciso que, en nuestra imitación, no haya nada servil, pues si «todos los santos son modelos, no cada santo es modelo de todo», ni es el modelo que conviene a todos los individuos.

«Un alma, escribía Dom Marmion a una de sus dirigidas, no debe procurar remedar a otra, imitarla servilmente. Esto destruiría la libertad de su espíritu y la libertad de acción de Dios en ella. El alma demasiado flexible se adapta a cualquier modelo. Si, pues, leyendo la vida de un santo, encontráis algo que admiráis, pero que no os lleva a la paz del Espíritu Santo, sería un error esforzaros en imitarlo. Si el Espíritu Santo quiere esa imitación, la operará en vos en medio de una gran paz» (64).

San Francisco Javier escribe que, si no corresponde a la voz de Dios que le llama a China para predicar allí el Evangelio, no se creará seguro respecto a su salvación. ¡Que vaya! Si no lo hace, no llegará hasta el fin de *su* gracia. Pero *su* gracia no es la de toda persona que lea tales hazañas.

Teresa del Niño Jesús, a los quince años, quiere dirigirse al Papa para rogarle que le permita entrar en el Carmelo. ¡Bien! Que vaya a buscar al Santo Padre, puesto que *su* gracia, reconocida como de fuente auténtica, le impulsa a hacerlo. Pero ¿quiere decir que deba tener imitadoras?

Aun hablando desde el punto de vista humano, son verdaderas las frases:

No forcemos nuestro talento;

No haríamos nada con gracia.

Con mucha más razón puede emplearse este consejo en lo espiritual. Dejemos a los santos las prácticas excepcionales de los santos. Imitemos sus virtudes, en cuanto para nosotros personalmente sea objeto de prudente

---

<sup>64</sup> Dom R. THIBAUT, *Dom Columba Marmion*, pág, 290.

imitación, y dejemos lo demás. Renunciar no será cobardía, sino inteligencia y humildad.

No abriguemos temor alguno, si en el transcurso de cada día tenemos valor para ir hasta el fin de *nuestra* propia gracia. Animado por nuestra valentía, Dios nos enseñará cada vez más la virtud que quiere de nosotros. *Qui facit veritatem*, observa el apóstol San Juan, *venit ad lucem*; el que realiza en cada instante toda la verdad presente, llega un día a la verdad total; exactamente igual que el que, siguiendo su camino, de mojón en mojón, llega, en el momento determinado, al término de su viaje.

No nos hagamos ilusiones: ¡el término del camino está mucho más lejos y mucho más alto de lo que nos habíamos imaginado! Siguiendo a Dios, aunque sea a cortos pasitos, si le seguimos con fidelidad y a medida de nuestras fuerzas, siempre alcanzaremos la cima. Con gran sentido psicológico se expresaba así en sus notas de prisionero, en 1915, Santiago Rivière: «El modo extraordinario como Dios se esconde a quien no quiere verle, contrasta con la evidencia creciente de su aparición a quien ha comenzado a distinguirlo en el fondo de las sombras» (65).

Rivière coincide en esto con el P. Luis Lallemant (66), uno de los apóstoles más ardientes de la fidelidad a la gracia: «Cuando un alma se ha abandonado a la acción del Espíritu Santo, este Divino Espíritu la eleva poco a poco y la gobierna. Al principio, ella no sabe adónde va, pero poco a poco la luz interior la ilumina y le hace ver todas sus acciones, de suerte que casi no tiene que hacer más que dejar hacer a Dios en ella y por ella lo que a El le place. Y así avanza maravillosamente» (67).

Es fácil comprender cuán importantes son las precedentes observaciones.

En primer lugar, son útiles al alma para mantenerla en la prudencia necesaria. No ciertamente para argüir que basta con contentarse con una virtud mediocre o para escoger a su gusto las virtudes bajo el pretexto de independencia, o de conservar la personalidad. Creemos que se nos comprende. La regla es ir hasta el fin de la gracia siguiendo la propia gracia. Es peligroso olvidar cualquiera de estos dos puntos.

---

<sup>65</sup> *A la trace de Dieu*, pág. 223.

<sup>66</sup> Autor del hermoso libro *La Doctrine Spirituelle*, que ya hemos citado varias veces. (Gabalda, 1908).

<sup>67</sup> Pág. 182, Citado por Bremond, que en el t. V de su *Historia literaria del sentimiento religioso*, pág. 46 y siguientes, da un buen resumen de las doctrinas del P. Lallemant sobre *la acción del Espíritu Santo*.

Es también de gran utilidad creer en el respeto debido a las individualidades, cuando uno está llamado a vivir en comunidad. Hay que ser indulgente con los demás, hay que ser compasivo; no tratemos de medir todo con una medida única; sepamos distinguir los distintos temperamentos, las diversas psicologías.

Y, particularmente, son de utilidad soberana cuando hay que ocuparse de la educación o formación de otro. Toda educación es «única». Y habrá que esforzarse en adaptar los métodos generales teniendo en cuenta los casos particulares, no ciertamente por espíritu de excepción o con menoscabo de las exigencias estrictas, que valen para todos, sino sabiendo dosificar las exigencias comunes según las diferentes individualidades, con tacto, sin despertar nunca las susceptibilidades del ambiente, ni dejar entender que se trata de modo diferente a unos u otros sin más regla que el capricho. Se comprende fácilmente que esto requiere una delicada maestría.

\* \* \*

Todo está muy bien. Pero estos prudentes consejos de respeto a la personalidad de cada alma, ¿no se contradicen con otros consejos que, eventualmente y no sin razón, dan los autores espirituales, sobre todo los que se refieren a la dirección? Poniéndose bajo la guía de un Padre espiritual, ¿no se expone uno a comprometer su legítima independencia de movimientos? Pidiendo un control para todas las propias iniciativas en el camino del bien ¿no olvidaremos el cuidado de la autonomía y del desenvolvimiento personal?

Sin perjuicio de una respuesta más completa, que dimos ya en otra parte (<sup>68</sup>), observemos que la dirección, para ser medio verdaderamente útil para la santificación, supone ser bien comprendida; así por los Padres espirituales como por los penitentes y las penitentes.

En una obra antigua, pero que sigue siendo interesante, *M. de Bérulle et les Carmélites en France* (<sup>69</sup>), el abate Houssaye, sirviéndose de su excelente modelo y utilizando a veces sus palabras, describe muy bien las cualidades del director. Observa que no «todo sacerdote», por la sola virtud de su sacerdocio, es ya un «director». Este arte divino de instruir las almas y dirigir las por los caminos interiores supone disposiciones

---

<sup>68</sup> En *La dirección espiritual*.

<sup>69</sup> Plon, 1872, pág. 202. Hay que leer todo el capítulo VII, *Bérulle, directeur des âmes*.

naturales, y sobre todo cualidades sobrenaturales que no a todos pueden exigirse. Entre los dones que necesita el verdadero director, señala, según Bérulle, «una prudencia que sepa dar a las almas solamente lo que las almas pueden llevar; no pedirles lo que no pueden hacer; que excite su celo sin desanimar su debilidad, y maneje su debilidad sin animar su pereza; que espere los movimientos de Dios sin precederlos jamás, y dirija la voluntad del hombre sin atentar a la libertad del espíritu de Dios».

Nada estima tanto un buen Padre espiritual como el respeto a la libertad del que se confía a su prudencia, y más aún el respeto a la acción del Espíritu Santo en el alma de su penitente. Razón tenía el autor de esta frase: Para ser fructífera, «la dirección espiritual debe ser libre como el aire y fresca como la brisa del amanecer». Y así se condenan los arranques indiscretos y toda concepción unilateral de una dirección espiritual en la que el guía quisiera hacer pasar al que le ha escogido, por caminos no adecuados, que tal vez le resulten muy bien personalmente, pero que en manera alguna son caminos oportunos para el caso o el alma de que se trata.

Oyendo a la Bienaventurada María de la Encarnación, la célebre Ursulina muerta en el Canadá, declarar en 1872 <sup>(70)</sup>: «Nuestro Señor me hizo siempre la gracia de no sentirme jamás ligada a mis luces y conocimientos naturales, sintiéndome siempre inclinada a someter mi juicio... Me declaro a mi director, dejo que juzgue, y en seguida me quedo tranquila, así cuando aprueba como cuando desaprueba. Si me dice que obre, obro. Si me dice «no haga», no siento inclinación alguna a hacer, porque el Espíritu de gracia me imprime esta verdad: que el director está en lugar de Dios, y desoír sus normas, sería errar. Desde que tengo un director, he sido siempre así». No podemos impedir un estremecimiento cuando pensamos que durante algún tiempo tuvo un director extravagante, que la trató de extraña manera. Y ¡ay! se podrían citar otros casos de equivocación, no en el dirigido o dirigida, sino en el director.

Nada hay que temer cuando el director espiritual está a la altura de su misión.

Por otra parte, los fallos por mala comprensión de la dirección, se dan en el dirigido o la dirigida, más frecuentemente que en el director.

Hacerse dirigir, en manera alguna significa entregarse atado de pies y manos, a la dirección de otro, como eximiéndose de toda iniciativa personal. Significa revelar con sencillez y humildad, lo que uno es, los

---

<sup>70</sup> Dom JAMET. *Le Témoignage de M. de l'I. Beauchesne*, págs. 249-250.

atractivos de la gracia y los caracteres especiales de su temperamento espiritual y moral; sugerir uno mismo lo que al parecer reclama el Espíritu Santo; indicar cómo espera uno mismo responder a los llamamientos percibidos, libre de someter a control el programa propuesto y de aceptar las correcciones útiles que el director pueda proponer, según su competencia y comprensión del caso. Pocas veces el buen director se creará obligado a tomar iniciativas; éstas deben proceder del dirigido; y si provienen del guía, serán propuestas, no impuestas. Nada tan recusable — salvo el caso de escrupulosos irreductibles— como una dirección por vía autoritaria.

¡Sea! se dirá. Se comprende que, sin detrimento de su personalidad, quien vive en el mundo pueda sujetarse —si es persona inteligente y tiene un director capaz, psicólogo y flexible— a los métodos de dirección indicados por los autores espirituales. Pero ¿qué será de los que, admitidos en un Seminario o en un Instituto religioso —sobre todo en este último caso— aceptan someterse a una formación, por la fuerza de las cosas, uniforme, y muy expuesta a hacer el papel de rodillo compresor? Las almas, en el punto de origen, eran muy diferentes. En el punto de llegada, particularmente donde el grado de obediencia se exige muy alto, ¿no caeremos en una lamentable nivelación? La experiencia demuestra que, después de pasar algunos meses en ciertos noviciados o en ciertas casas de formación, la espontaneidad de los sujetos se ha reducido a cero, su sello original ha perdido todo relieve, todas las almas están vaciadas en un molde común. Esto puede ser una gran ventaja, ya que con ello se logra un aire de familia precioso y que nada borrarán. Pero ¿no presenta también un grave peligro? De estas almas tan parecidas, ha desaparecido su primitivo sello. Se obtienen excelentes sujetos, pero a costa de extinguir, tal vez, lo mejor de las personas.

Concedamos que, en muchos casos, la formación puede originar ciertas deformaciones, si la persona encargada de darla no tiene las cualidades necesarias para su misión, o si el sujeto muestra estrechez de criterio y se sujeta a la letra, olvidando el espíritu. Esto no condena los métodos, sino las personas que deben servirse de ellos.

Evidentemente es asunto delicado. No es más que un aspecto del problema general de toda educación: cómo sujetar a una regla y lograr que los educandos se adapten a ella, sin llegar a una rigidez excesiva y a la pérdida de la flexibilidad e iniciativa personal.

Se supone que todos los Seminarios y todos los Institutos religiosos no escogen sino a formadores dotados de las aptitudes necesarias. Poco importa quién pueda titularse director, y lo que es más serio, encargarse de la dirección. Poco importa quién no puede erigirse en formador de los jóvenes clérigos, en maestro o maestra de novicios, y cabe esperar que aquellos a quienes compete velarán por encima de todo por la mejor elección.

Pero queda la cuestión, sobre todo donde se imprime más vigorosamente el sello común, que no siempre los sujetos tienen la capacidad reactiva necesaria para una asimilación inteligente. Es lamentable y casi forzoso. Observemos, por otra parte, que, aun en aquellos en que apareciese demasiado marcada una cierta «tara profesional», las correcciones aparecerán rápidamente después, unas en virtud de una causa feliz, el contacto con la vida, otras en virtud de causa menos honrosa, los rebrotes de la naturaleza.

Aun donde más acusaciones se han acumulado contra «el molde», queda uno estupefacto del número de individualidades que sobrevivieron al terminar la formación — prueba evidente de que la objeción carece de fundamento sólido.

El ideal permanece, y puede afirmarse que se alcanza más comúnmente de lo que se cree y se quiere reconocer: una formación fuerte dada por almas inteligentes a sujetos que saben comprender y que, una vez pasadas las primeras y excusables torpezas, conquistarán, gracias al precioso beneficio de un prudente cultivo, una personalidad tanto más fuerte, cuanto que sólo se la expurgó de aquello que precisamente podía impedir su pleno desenvolvimiento.

**I**

**FIDELIDAD Y SERENIDAD**

# I

## LA SERENIDAD, GARANTÍA DE LA FIDELIDAD PRUDENTE

Tal vez sea éste el capítulo que merezca más atenta reflexión.

El ideal de la fidelidad en el servicio de Dios, no es una fidelidad inquieta, preocupada, jadeante; sino una fidelidad reposada, activa sí, pero sin exagerada meticulosidad; una fidelidad tranquila, la santa libertad de los hijos de Dios. Somos hijos del Padre, y en la casa del Padre ha de reinar el espíritu de familia, la santa holgura de quienes se saben amados, que no hacen todo bien, pero ponen su corazón en lo que hacen, y cuando cometen faltas, las sienten en seguida, pero no se creen ya malditos por la menor extravagancia.

Sin equilibrio y juiciosa ponderación, la fidelidad llega a convertirse en un suplicio para el alma, que se tortura sin razón. Tal fidelidad no es para gloria de Dios, pues el Señor quiere a su servicio espíritu filial y no espíritu de esclavitud.

Fidelidad no significa inquietud.

\* \* \*

La inquietud proviene ya de un deseo excesivamente ansioso de perfección, ya de remordimientos referentes al pasado, o de una supuesta falta de generosidad.

Habréis contemplado muchas veces una araña en el centro de su tela, dispuesta a saltar sobre el menor insecto que haga temblar la débil red por ella tendida.

Algunos se figuran que la fidelidad requiere esta atención apasionada, una tensión de todas nuestras potencias para asir la menor ocasión y no dejar escapar nada de lo que toque o roce solamente los imperceptibles hilos de las menores posibilidades de obrar bien.

Un autor a quien algunos han creído poder reprochar una excesiva tolerancia al gobierno interior del Espíritu Santo —de lo cual no vamos a hablar ahora— dice, con mucha razón, sobre el asunto que nos ocupa:



«No se trata de un alerta permanente para captar el momento de las visitas interiores del Espíritu, sino que es preciso esperar con calma su venida y sus impulsos: apoyarse únicamente en El, sin inquietarse ni agitarse por lo que anuncia, por lo que comunica, o por los testimonios y símbolos exteriores que garanticen su presencia. Ni conviene buscar ansiosamente, sino mantener una sostenida diligencia para distinguir la dirección divina en el secreto del alma. Una vez advertida esta dirección, hay que obrar con decisión y con noble y generoso valor. En esto consiste la verdadera sabiduría» (71).

San Francisco de Sales es de la misma opinión. Aconseja y reclama la fidelidad; pero no quiere una fidelidad minuciosa, inquieta ante los menores objetos, y que se reprocha las menores fruslerías: «Conviene medir nuestra atención según la importancia de lo que emprendemos. Sería preocupación desorbitada deliberar tanto para hacer un viaje de un día como para uno de trescientas o cuatrocientas leguas. La elección de estado, o el planteamiento de cualquier asunto de graves consecuencias... merecen que se piense seriamente sobre cuál sea la voluntad divina. Pero en las menudas acciones de cada día, donde incluso la falta no es ni irreparable ni trae consecuencias, ¿qué necesidad hay de mostrarse tan meticuloso y atento?» (72).

A otras almas tortura el sentimiento de *sus pasadas miserias*, congoja que proviene en algunos de innata predisposición temperamental; en otros, de formación espiritual desprovista de los resortes y preparación necesarios.

Un autor, a quien no hemos de considerar precisamente como Padre de la Iglesia, pero que frecuentemente tuvo exactas y penetrantes intuiciones sobre las realidades de la vida católica, Carlos Péguy, adivinó esas almas en perpetuo martirio, por desgracia tan frecuentes; almas cuya vida es buena, y debieran florecer en la caridad de Dios, pero que, en lugar de esto, se atormentan con interminables exámenes de conciencia.

«Yo soy partidario, dice Dios, de que todas las noches se haga el examen de conciencia.

»Es un buen ejercicio.

»Pero de todos modos, no hay que torturarse con él hasta el punto de perder el sueño.

---

<sup>71</sup> *Le P. Hecker*, por P. ELLIOTT, Lecoffre, 1897, pág. 297.

<sup>72</sup> *Tratado del Amor de Dios*, 1. IX, cap. XIV.

»A1 llegar esa hora, la jornada está hecha y bien hecha; ya no hay que rehacerla.

»No hay que volver más sobre ella.

»Esos pecados que te causan tanta pena, muchacho, pues bien, bien sencillo era,

«Amigo mío; era necesario no cometerlos,

»En el momento en que aún podías no cometerlos.

«Ahora, ya está hecho; ve, duerme; mañana no volverás a hacerlos.

«Piensas demasiado en tus pecados.

«Harías mejor en pensar en ellos para no cometerlos,

«Mientras hay tiempo, cuando no se han cometido todavía...

«Pero por la noche no ates esas vanas gavillas».

¡Cuántas veces los intérpretes del pensamiento de Dios utilizan — ¡ay! sin fruto—un lenguaje parecido! Id, pues, a impedir al que tiene la manía de torturarse colocándose sobre el potro y manejando sin compasión el tornillo sin fin de su perpetuo descuartizamiento.

Y para llegar ¿a qué? A tener cada vez un poco más de amargura, un poco menos de confianza en Dios, una ansiedad cada vez más temblorosa. Este es el balance. ¡Pues sí que es un bonito balance!

¡Cuántas almas, en lugar de consumirse mirando lo que no dan, harían mucho mejor en expansionarse viendo lo poco que han dado, y, mejor todavía, lo que Dios, a pesar de lo miserables que son, no les ha rehusado! Si en verdad es útil el examen cuando se siente necesidad de abatirse y humillarse, por haberse sentido inclinado a sobresalir, ¿no es cierto también que se gana mucho más desviando de sí la mirada para fijarla sólo en Dios y su misericordia, cuando nos inclinamos a medir y pesar demasiado nuestras faltas? Hay que recordar el consejo que un prudente director dio a un alma que estaba en continua lucha consigo misma: «No comprendo cómo, en presencia de Nuestro Señor, hay quien pueda pensar en sí, aunque fuera el último de los hombres. Es el Salvador, es Dios; no hay más que correr hacia El». Es de suma evidencia, y consejo de todos los Maestros.

Como si no bastara su exhortación para encarecer el examen de conciencia, inteligentemente comprendido, y al mismo tiempo proscribir la remoción de los viejos bajos fondos, Dios, por boca de Péguy, continúa:

«¿A qué llamáis vuestro examen de conciencia?

»Si es pensar en todas las necesidades que habéis cometido durante el día... con sentimiento de arrepentimiento...

«Está bien; acepto vuestra penitencia...

»Pero si queréis machacar y rumiar por la noche todas las ingratitudes del día...

»Y si queréis llevar un registro perfecto de vuestros pecados...

»No. Dejadme llevar a Mi mismo el libro del Juicio...

«Vuestros pecados son tan preciosos que hay que catalogarlos y clasificarlos

»Y registrarlos y ordenarlos...

»Y grabarlos, y contarlos, y calcularlos, y compulsarlos,

»Y compilarlos y volverlos a ver y a repasar,

»Y computarlos e imputároslos eternamente,

»Y recordarlos con no se sabe qué clase de piedad.

«Aunque no fuera más que para quemarlos, sería demasiado. No merecen la pena de hacerlo...»

\* \* \*

A muchos les quita la paz, no tanto el recuerdo de un pasado más o menos sembrado de déficits y de miserias, cuanto la contemplación de un *presente* perpetuamente insuficiente.

¡Habían formulado resoluciones tan generosas! Pero ¡ay! ni la décima, ni la vigésima parte se han realizado. Santidad que se escribe constantemente en el papel y que no se transcribe jamás en la vida. Santidad para el «Diario espiritual»; notas muy bonitas para después de mi muerte; pero que no se reflejan en mi existencia diaria, en la que no dejan ni una ligera huella, o a lo más ¡la dejan tan levemente marcada!

Haremos dos observaciones que, no obstante, rectamente comprendidas, bastarían para llevar la suficiente serenidad a quienes atormenta la eterna imposibilidad de llegar hasta el fin de sus sueños.

La primera es ésta: La Iglesia, hablando de la Santísima Virgen, señala que jamás cometió la menor falta, ni aun venial; privilegio inaudito, sólo a ella concedido. Observa asimismo que es necesario una gracia muy especial de Dios para no cometer falta alguna durante un lapso de tiempo un tanto considerable.

Si no hemos recibido tales privilegios completamente singulares, no debemos extrañarnos si a lo largo de nuestra existencia comprobamos más de una flaqueza. Dios no exige tanto; sabe de qué barro estamos hechos.

Además —y esta es la segunda observación—, es preciso distinguir en este orden de faltas, dos categorías de infracciones bien distintas.

Hay faltas de pura fragilidad: una salida de tono, un impulso del carácter, una palabra que brota exabrupto, cosas todas ellas que escapan antes de que la voluntad haya tenido tiempo de intervenir y que Dios permite para humillarnos; pero que no le causan ninguna pena, puesto que no ha intervenido nuestra responsabilidad; y faltas claras y consentidas contra el deber conocido; en éstas, aunque fuese sólo en un detalle, ha intervenido nuestra responsabilidad, hay advertencia, hay consentimiento, como dice el catecismo.

Tanto cuanto debemos preocuparnos de esta segunda clase de faltas, tanto debemos despreocuparnos, ante Dios <sup>(73)</sup>, de las primeras. Entre ambas existe igual diferencia que entre una simple escapada de la naturaleza y la negligencia conocida y aceptada.

Si se utilizase de manera conveniente esta observación, que es de puro buen sentido, ¡cuánto lastre de pseudo faltas se quitaría de ciertas confesiones, para mejor formación de la conciencia y para mayor tranquilidad de la persona!

Y ¡oh milagro de milagros! ya no habría escrupulosos, o habría muy pocos <sup>(74)</sup>.

\* \* \*

En algunos, la razón de su inquietud no está en la contemplación de las faltas, sino en la ausencia del intenso impulso de sus comienzos. Se sentía uno abrumado de beneficios, y la vida espiritual aparecía como una fiesta continua; mas después, bruscamente o poco a poco, desapareció todo cuanto de atractivo exterior había en el servicio de Dios. «Bien estamos aquí», se pensaba cuando nos sentíamos en el Tabor. La existencia ha

---

<sup>73</sup> Decimos *ante Dios*. Porque, ante el prójimo, por edificación, habrá que tener el mayor interés en tratar de enmendarnos, si son extravíos que él presencia.

<sup>74</sup> No vamos a tratar aquí la cuestión de estos eternos desgraciados, de los que sufren de escrúpulos. Las más hermosas explicaciones no les convencerían. Donde se necesita buen sentido, ponen ellos sentimiento: se hacen desgraciados por gusto. Si leen estas páginas, traten de reconocer el acierto de las observaciones hechas, y adaptar a ellas su conducta. Roguemos por ellos.

cambiado. No estamos precisamente en Getsemaní, pero sí sobre una montaña seca, que al parecer no riegan las aguas del pozo de Jacob. No hay vegetación, ni florecen los generosos deseos de antaño; no hay más que descarnada roca. Se había esperado tanto superarse, escapar de la mediocridad; pero el cielo está cubierto, la nube pesa, agobiadora; y uno se siente dominado por la inercia. Dios permite la aridez y el cansancio en la vida espiritual, no para que nos desanimemos, sino para que nos instruyamos; no para que contribuyan a estancarnos, sino, por el contrario, para que se estimulen nuestros impulsos, y demos prueba efectiva de nuestro amor. Si nuestro fervor fuese constante, no dudaríamos de nosotros mismos y pronto nos tornaríamos orgullosos y, lo que es peor, nos sentiríamos satisfechos, imaginándonos que valíamos algo por nosotros mismos.

Ya dijimos que es preciso no confundir la santidad con los hermosos impulsos y las gracias gratuitas que Dios puede otorgarnos. La fidelidad consiste en dar. Con tal que, en estos momentos de lasitud, no disminuyan las generosidades prometidas, al menos las esenciales; siempre que no se descienda por debajo del nivel del estiaje que las resoluciones fijaron; poco importa que el cielo se nuble o que la tierra aparezca triste y desolada.

No olvidemos nunca que la vida del alma en la tierra rara vez supone un estado de euforia permanente. Si no hicimos nada merecedor de que Dios se aleje, no hay más que permanecer en paz. Muchas personas fervorosas se equivocan imaginando con demasiada facilidad, que si perdieron el gusto del «hermoso servicio» es porque el Señor las castiga por no sé qué faltas que tal vez cometieron. Cuando existen, esas faltas pueden ser causa de la disminución del fervor sentido en el servicio de Dios. Pero más frecuentemente el motivo de esos eclipses de luz o de fervor sensible en las almas que, al parecer, permanecieron fieles, es sencillamente un hecho normal. La tierra no es más que tierra. Vivimos en lo mudable; y así como al día sigue la noche, las recaídas sobre nosotros mismos suceden a períodos de impulso y entusiasmo, guardando un ritmo que no nos compete determinar.

Sea cual sea la causa, no hay más que una norma: dejar que la gracia divina desempeñe su papel, y hacer nosotros el nuestro; es decir, continuar siendo fieles a la fidelidad. Tarde o temprano, la luz o el fervor reaparecerán, si Dios lo quiere. No obráramos en espera del pago. Servíamos por servir. Lejos de nosotros la idea de asalariados. Si la gracia

ayuda menos, sirvamos a pesar de todo, sin preocuparnos de lo demás. Esta es la táctica prudente. Serenidad absoluta.

\* \* \*

Tal vez habrá quien entable esta cuestión: La serenidad, como condición de una fidelidad prudente, está muy bien. Pero ¿no es cierto que precisamente la fidelidad —hablamos de la fidelidad verdaderamente fiel— entraña una nota de exceso, cierta «exageración», cierto lujo en la abnegación? «Anhelos demasiado», decía, en su avidez, un principito francés, el padre de Felipe-Igualdad. Está bien; se quiere demasiado. ¿Por ventura Jesucristo mismo no nos amó con abundancia desmesurada, *nimia caritate qua dilexit nos*? ¿No es verdad que el amor que quiere corresponder sin escatimar demasiado al Amor infinito, debe ir acompañado de cierta «locura»? Ahí están los ejemplos de los santos, y más de una autoridad podríamos invocar: «Muy difícil será, dice un autor inglés, considerar como un gran santo al hombre cuyo carácter haya parecido a sus contemporáneos perfectamente razonable (75). Y Boutroux afirma: «La moral cristiana está lejos de ser la moral de la medida. Es más bien la moral de la locura, la moral del amor y del deseo infinitos. Esta moral quiere que seamos perfectos» (76).

Distingamos cuidadosamente entre uno y otro exceso. Que una generosidad flexible y todo amor trate de dar como medida una fidelidad sin medida, es algo completamente normal; sin mezcla de «nervios», sin falta de prudencia; todo es recio, heroico, tal vez; pero todo tranquilo, en calma, sin sofocación. Por el contrario, que una generosidad rígida y encogida trate de salirse de madre y rivalizar con hazañas que no se hicieron para ella, y bien pronto aparecerán las desagradables consecuencias de un celo imprudente y poco reservado.

Muy bien la exageración en quien no sea ya exagerado, porque si lo es ¡a qué peligros se expone! La base es falsa y, por tanto, el equilibrio en la cima no puede menos de ser inestable. Demasiado sabemos qué sucede al ciego que guía a otro ciego. Ambos se precipitan en la hoya, y será maravilla que no se rompan las costillas.

Por último ¿se trata de un alma que cumple perfectamente los grises deberes de cada día, o de un alma que va tras lo extraordinario como para

---

<sup>75</sup> MYERS, *Human Personality*, pág. 56; citado por RICKABY, *Pensees pour la Retraite*, pág. 134, Lethielleux.

<sup>76</sup> *Quest. de mor. et d'éduc.* Delagrave, pág. 49.

dispensarse de las tareas comunes que, con mucho, debiera imponerse en primer lugar?

No serán de Dios los deseos de generosidad que tengan al alma en perpetua inquietud o la sitúen al margen de su deber.

En el capítulo siguiente insistiremos sobre esto.

## II

### LA SERENIDAD, CONSECUENCIA DE LA FIDELIDAD GENEROSA

La serenidad no es sólo garantía de fidelidad prudente; es también, por justa reciprocidad, *consecuencia de la fidelidad generosa*.

Santo Tomás de Aquino observa que: la alegría no es una virtud especial, sino más bien la florescencia natural de la virtud de la caridad. Quien ama a Dios no puede menos que estar contento, por lo menos, con alegría interna.

Frecuentemente observamos que, cuanto más un alma ama a Dios, más se ensancha interiormente. Y a la inversa, cuanto más apartada está el alma, o más se aleja de Dios, más la invade la tristeza.

¿De dónde procede, en nuestra época, buena parte de la tristeza que pesa sobre el mundo y arrastra a tantos a buscar en los placeres el olvido de vivir? De la ausencia de paz en las conciencias, resultado de un paganismo en auge.

Poca atención basta para percibir el lamento de los incrédulos: rechazaron la fe y han perdido la alegría. Elegid a los Taine, Anatole France, Loti, la Condesa de Noailles; todos repiten semejante sentencia:

«Los que entráis aquí, dejad toda esperanza».

Penetraron en un infierno más temible aún que el de Dante, y como nada esperan, porque ya no creen, es natural que se lamenten, o jueguen un estoicismo rígido, lo cual es otra especie de confesión.

Por el contrario, tomemos un alma que ama y sirve a Dios. Aun experimentando, a veces, grandes sufrimientos, siente íntima alegría, porque está unida a Dios y porque espera. Así que dijo bien quien dijo: El cristiano «es, en principio, un optimista. No que cierre los ojos ante las miserias de la vida... sino que no puede menos que esperar el cumplimiento de los designios de Dios, que tienden al bien del hombre y de la creación toda. Que al crear Dios el mundo no sería para exponerse a



un fiasco, y que enviara a su Eterno Hijo al mundo temporal, para llenar la humanidad de vida nueva (y divina), son señales ciertas de éxito» (77).

Y cuanto más vive un alma en Dios y de Dios, más la visita, anima y a veces la transfigura la alegría. Ejemplo: San Francisco de Sales o el Cura de Ars.

He aquí lo que escribe Sofía de Soubiran, fundadora de las Religiosas de María Auxiliadora: «He visto que cuando el Espíritu Santo posee y guía a un alma, produce los efectos siguientes». Y como primer efecto, anota: Actúa en ella con tan gran nitidez que el alma distingue todo lo que debe decir o hacer, como si lo viera en un espejo muy fiel... «Luz acompañada de fuerza, muchas veces también de suavidad, y siempre de paz profunda, sobre todo si el alma sigue en calma y sin acción propia» (78).

En el diario de *Lucía Cristina* se encuentra, con fecha 6 de octubre de 1883, el siguiente texto, muy característico: «La inspiración de la gracia, por penoso que sea el sacrificio que pueda pedir, va siempre acompañada de fuerza y de paz, mientras que las reiteradas sugerencias que Satanás multiplica, bajo máscara de bien, para embrollar al alma, valiéndose de su misma buena voluntad, llevan siempre consigo la turbación y, además de ser inoportunas, no secundan el celo del alma» (79).

Los especialistas en el discernimiento de los espíritus están de acuerdo: la fidelidad va siempre acompañada de gozo interior.

Si fuera necesario explicar el origen y naturaleza de este gozo, se podría, sin duda, referir a estos tres motivos:

- gozo del servicio y de la verdad;
- gozo de prestar testimonio del amor: dar alegría;
- gozo de la respuesta interior y de la gracia, que da testimonio de que Dios está contento.

En otra parte hablamos de esto más ampliamente (80).

\* \* \*

Pero, se dirá: ¿no son muchas las almas que, a pesar de una fidelidad *muy* atenta, viven sin serenidad, y a veces, incluso, angustiadas? Sí;

---

<sup>77</sup> RADEMAKER, *Religión y Vida*, pág. 217.

<sup>78</sup> *Vida*, por el Abate THELOZ, 1894, pág. 367.

<sup>79</sup> Tercera edición, 1912, pág. 169.

<sup>80</sup> Ver *Sembrad alegría*. Editorial Librería Religiosa, Barcelona.

permisión de Dios e inclinación de temperamento. Pero esos casos especiales no invalidan la ley general.

Dejemos a un lado la cuestión de prueba permitida por Dios.

Ciertas personas están predispuestas, por naturaleza, a la hipocondría, o por lo menos a una falta original de holgura. Su fidelidad será siempre un tanto áspera, un poco estirada; les faltará soltura.

Parece que pertenecía a este número la persona a quien escribía Mireille Dupouey: «No hablemos demasiado de nuestras miserias a Dios. Son un título que podemos presentar a su misericordia. Pues miseria no es falta. El peligro consiste no tanto en ser miserable como en analizar uno su miseria y darle así importancia... Acabe el mirarnos con dolor cuando podemos mirarle, a El, con amor» <sup>(81)</sup>.

Otros se crean exigencias imposibles de satisfacer, por seguir a ciertos autores espirituales demasiado a la letra, o por incompreensión de nuestras humanas posibilidades. En la *Correspondencia* de Agustín Cochin hallamos esta simpática nota del 29 de octubre de 1863, en que escribe a su mujer: «Encuentro muy justo lo que me dices sobre el Crucificado que conviene a la tierra; pero te confieso que no me acostumbro a esta expresión: destrucción completa de la personalidad. No. Haciéndonos acero doblamos nuestro valor, pero no cambiamos de metal. Dejémonos forjar, batir, acuñar, pulir; pero destruir, jamás. Que nuestra alma sea esposa, pero no esclava. Dios me dio mi naturaleza y yo debo mejorarla, no aniquilarla». Y añade: «Creo que en la práctica nos entendemos; pero no acepto la severidad de tus palabras». Desterremos esas fórmulas «irreales». Como se ha dicho muy bien, lo exagerado no existe, y hagamos profesión, como Agustín Cochin, de una fe que se siente feliz: «El verdadero adorno para presentarnos ante el Rey de reyes, afirmaba, es la alegría de un alma confiada» <sup>(82)</sup>. Tenía muchísima razón.

«De una de sus hermanas que pensaba ser religiosa, una muchachita de diez años observaba: «Creo que Dios no la quiere para el convento. Es demasiado seria, demasiado quieta, demasiado no sé qué; pero, en fin, no son éstas las que van al convento, sino las que están siempre alegres» <sup>(83)</sup>.

---

<sup>81</sup> *Lettres*, publicadas por H. GHÉON, ed. du Cerf. 82-85. Del mismo espíritu son otros pasajes.

<sup>82</sup> Bloud et Gay, I, págs. 359 y 389.

<sup>83</sup> Citado por el P. de PARVILLE, *Etudes*, 5 de marzo de 1928: *Auteur à dix ans*, pág. 592.

La gracia no destruye la naturaleza y corrige poco o nada las tendencias psicológicas fundamentales de un espíritu. Felices los que disponen de una aptitud natural para expansionarse. Por ello disfrutan de un avance considerable que el resto no alcanzará jamás.

«Un ligero rasgo de humor jovial... no deja de ayudar a la santidad», observaba, como buen psicólogo, el P. Faber, «y tal vez la gracia no cuente en la naturaleza con un auxiliar más fiel»<sup>(84)</sup>.

En otra parte dice: «La tristeza es una especie de incapacidad espiritual. Un melancólico no será más que un convaleciente en la casa de Dios... Antes le servirá Dios como enfermero, que él sirva a Dios como a su Padre y rey»<sup>(85)</sup>.

Es preciso enseñar a ciertas almas, siempre deprimidas y descontentas de sí mismas, a saber aceptarse; a animarse en lo poco que hacen; a que se digan que, por su buena voluntad, están fuera de culpa: «Yo contento al Señor tal como soy». Tenéis defectos, de acuerdo. No hacéis todo bien, lo concibo. Acordaos que al final de los tiempos, cuando venga el Señor a la tierra, no buscará almas sin ningún déficit, almas que hayan llegado a la perfección sin ningún desfallecimiento, sino almas que luchan en la prosecución del bien: «Bienaventurado aquel a quien el Señor encuentre (no ya perfecto, sino) velando».

He aquí las almas que Dios busca en todos los tiempos: no las que han «llegado», sino las que «tienden».

«Me diréis que conformarse con tantas imperfecciones y debilidades como encontramos en nosotros es atar corto el progreso», argüía el abate de Tourville, a una de esas almas angustiadas a quienes nada consuela. «Yo pienso absolutamente lo contrario. Si estamos descontentos, quedamos flácidos, desmoralizados, atormentados, en una palabra, agotados. Y ya no adelantamos. Seamos, pues, modestos en nuestros deseos sobrenaturales, como en todo, y contentémonos con poco»<sup>(86)</sup>.

---

<sup>84</sup> Opúsculo sobre *la bondad*, n.º 11, al fin. De Santa Teresa de Jesús se ha dicho: «Esta carmelita, mortificada hasta el aniquilamiento, es una de las santas más sonrientes, más alegres que haya habido». (L. Bertrand). ¿No será fruto de su temperamento su prodigiosa actividad? Viene a mano el pensamiento de Romier: «Se reconoce al hombre feliz en que sólo habla de nuevas empresas».

<sup>85</sup> *Bethléem*, t. I, pág. 277.

<sup>86</sup> *Piété confiante*, págs. 319-20 — Véase asimismo pág. 27: «Amad al Señor con sencillez, es decir, con entera convicción de vuestra inmensa y perpetua poquedad, pero contentos de amarle así. No tratéis de competir seriamente en amor con Nuestro Señor; conviene ser derrotado en esta lucha. Obrad con sencillez y humildad, como

Más o menos cerca de Dios, siempre será poco. Esta no es razón para aquellos a quienes Dios pide mucho (<sup>87</sup>); pero es un alivio, para quienes no pueden dar mucho, saber que, vistos desde el lado de Dios, poco o mucho no están tan alejados uno de otro, y que, en todo caso, una nonada de alegre humildad, si consienten en aceptarla, compensarla por todas las generosidades que, por debilidad, dejaron de ofrecer.

\* \* \*

Pero, en fin, ¿aceptáis mis infidelidades?

Respondo — se trata, claro está, de infidelidades en las cuales tenéis parte de responsabilidad, pues de las demás no hablamos:

Soportadlas sin agriaros;

Compensadlas sin turbaros.

Soportadlas sin agriaros. Solamente en el cielo seréis perfecto. En la tierra, nunca se llega a serlo completamente. San Francisco de Sales advierte que nuestro amor propio (nuestro egoísmo) no morirá hasta un cuarto de hora después de nuestra muerte. Ya es bastante decir.

Haced algo más que soportar: tratad de compensar, y el medio es fácil. En primer lugar, esforzándoos en dar más, estimulados por vuestro pasado que os espolea: y después, y sobre todo, esperando que Nuestro Señor se encargue de suplir el déficit.

Desde vuestro bautismo, sois uno con Cristo, y ponqué sois miembros de Cristo desde entonces, os corresponde «completar» lo que falta a la Pasión de Cristo. Pero si, miembro de Cristo, sois humilde «complemento» de Cristo, en el sentido en que lo entiende San Pablo y la Iglesia, El, Jesús, el Jefe amado, es vuestro divino «Suplemento». La gran obra de vuestra santificación es trabajo de los dos. Lo que por cobardía o debilidad dejasteis de ofrecer al Padre, El se obliga a ofrecerlo en vuestro lugar, y, por ser infinito, El suple todas vuestras negligencias. Esto no os da derecho, antes de obrar, a dejarlo todo para El; pero os faculta, al comprobar que habéis fallado en la acción, para ofrecer al Padre, en compensación de vuestras debilidades —ciertamente no aceptadas y debidamente sentidas— el valor del homenaje y reparación del Hijo.

---

buenamente podáis. Ahí está la perfección».

<sup>87</sup> Aceptar o consentir no quiere decir incrustarse: ni serenidad equivale a estancamiento. No refiramos indebidamente a cualquier categoría de almas lo que aquí aplicamos a un sector bien determinado.

El problema de nuestra santificación no encierra sólo dos términos: nosotros y Dios. Lleva tres: nosotros, Cristo, el Padre (la Santísima Trinidad). Y con Cristo, mediador divino, nosotros no formamos más que uno.

Esto exige que estemos unidos a El con el máximo de fidelidad posible. Y permite, en caso de infidelidad, apelar a su poder infinito para suplir y presentarle a Dios como compensación sin mácula.

La gota de agua, en el vino del cáliz, puede tener ¡ay! polvo en suspensión. Unida al vino del cáliz, se beneficia de la santa Proximidad, de la milagrosa identificación. Dios no mira al polvo, sino a la sangre de Cristo. Hay polvo en nuestra ofrenda; no olvidemos, pues, que ese polvo está sumergido en la gran ofrenda hermanada del Jefe y del miembro.

Y de este modo, un alma buena, a pesar de los desfallecimientos de detalle imputables a su debilidad, debería sentirse incapaz de perder jamás su alegría.

A. M. D. G.